

VIRTUDES APOSTÓLICAS

Cartas circulares a los misioneros del

P. I. M. E.

(Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras)

del Padre Pablo Manna, Superior General

XII LA OBEDIENCIA, MADRE Y CUSTODIA DE TODAS LAS VIRTUDES

“Valor, abnegación, heroísmo, sin obediencia pueden ser desperdicio de energía y hasta locura”

Carta circular n° 16, Milán, septiembre de 1931

Amadísimos hermanos:

1) El tema sobre el cual quiero ahora entretenerme con vosotros es de gran interés para todo Instituto, pero para nosotros que pertenecemos a un Instituto de misioneros, lo considero de una importancia absolutamente capital. Quiero hablaros de la obediencia que debe florecer y observarse entre nosotros, soldados para las grandes conquistas de Cristo; quiero tratar sobre la necesidad, sobre el espíritu y la práctica de esta virtud que con gran acierto fue llamada por San Agustín, máxima entre las virtudes, la madre y la custodia de todas: “La obediencia es el origen, la madre y la custodia de las virtudes”, (origo, mater custosque virtutum). He meditado profundamente este tema. El mismo gobierno del Instituto me ofrece todos los días, ocasiones de meditarlo y no acierto a deciros con qué ansia, con cuánto deseo de haceros bien ahora que os hablo, porque me parece que si esta virtud es cada vez mejor comprendida, se ha de seguir un gran incremento a nuestra obra. Conozco bien que no hay ningún tratado de la perfección cristiana que no trate esta materia de

la obediencia, y que yo no voy a decir nada de nuevo. A pesar de eso, tengo algunas razones más particulares, para hacerla objeto de una exhortación especial, aunque breve. Quiero hablar de ella, porque sin un grande y un convencido espíritu de obediencia, no es posible que nuestro Instituto pueda existir, que puedan prosperar las misiones, que se pueda hacer obra en común. Esta virtud es el gran ligamento de disciplina que debe estrechar a todos; la bisagra sobre la cual se debe mover nuestra obra. Deseo, pues, hablar de esta virtud para tener ocasión de tocar algunos puntos prácticos sobre las relaciones que los misioneros aquí y en las misiones, deben tener con sus Superiores. Deseo, además, hablaros porque especialmente en esta época, la vida del misionero está asociada a la de hombre celoso y valiente, heroico más que a aquella más verdadera de hombre obediente. El misionero debe, sí, tener celo, ánimo valiente e invicto, como el soldado, debe ser hombre de valor; muchas veces debe saber extender su bravura y su paciencia en el sacrificio hasta el heroísmo; sin embargo, su virtud “reina” no es el celo, ni el valor, ni el heroísmo. El será buen misionero, invencible soldado de Cristo, sólo si es obediente. Valor, abnegación, heroísmo, no conducidos por la obediencia, son muchas veces despilfarro de energías, tal vez verdaderas locuras. Quiero, en fin, tratar de la obediencia porque es mi firme propósito que conforme al espíritu de esta gran virtud, sean siempre más seriamente educados y formados nuestros jóvenes. Esta carta, por lo tanto, quiere también ser un programa para los superiores y educadores de nuestro Instituto, y para los jóvenes un poderoso llamado a cultivar y hacerse perfectos en el ejercicio de una virtud que, bien entendida y practicada, asegurara ella sola su feliz logro. Ruego a mis queridos cohermanos que lean esta carta con el mismo deseo de bien, con el cual la he escrito, bien persuadidos todos de que el Instituto será hoy y mañana lo que sea la obediencia de sus miembros.

A. Necesidad de la obediencia

2) La virtud por la cual vosotros, misioneros, debemos tener un verdadero culto, en la cual debemos particularmente distinguirnos, es la virtud de la obediencia. Porque, ¿qué somos nosotros sino poseemos perfectamente esta virtud? La desobediencia es la absoluta

negación del misionero, como la obediencia es su principal característica, su programa, su estandarte. Somos misioneros para restablecer sobre la tierra, el orden quebrantado por la primera rebelión; somos misioneros para llevar de nuevo a los hombres a la obediencia de Dios y someterlos a su ley. Nuestro programa está señalado en la primera parte de la oración dominical: Nuestro elevado deber es hacer reinar a Dios en los corazones y en las voluntades de los hombres como El reina en el cielo. El ansia de todo corazón apostólico se reduce así: “sea santificado tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad...”. Anunciar, propagar, realizar, defender los santos intereses de Dios, para que así Él sea glorificado y salvadas las almas; a ésto se reduce el misionero. Restaurador y predicador de la obediencia, ¿puede él no ser fervoroso amante de esta virtud? ¿puede no poseerla él en grado eminente? Es necesario estar bien convencido de la necesidad para un misionero, de distinguirse en esta virtud, realmente indispensable, porque ninguna otra cosa la puede reemplazar ni siquiera, los más elevados carismas, como el don de lenguas o el resucitar muertos. El misionero que desobedece, que critica las órdenes de los Superiores, aunque no lo advierte, aunque no lo piense, con su desobediencia, con su crítica, cesa de ser misionero de Jesús y se mete de hecho en las filas de los que lo combaten. Por eso San Ignacio, que con su Compañía quería dar a la Iglesia un ejército bien pertrechado de apóstoles, nada más recomendaba y exigía de los suyos, que una perfecta obediencia: “Dejemos, y yo os lo permito –escribía él– que las otra órdenes religiosas nos aventajen en ayunos, en vigiliias y en otras austeridades, pero en cuanto a la perfección de la obediencia, yo deseo ardientemente que todos aquellos que sirven al Señor en esta Compañía, no le cedan a nadie el lugar y que esta virtud venga a ser como la virtud que distinga a los verdaderos y legítimos hijos de la Compañía, de aquellos que no lo son”. Y San Ignacio lo vio claro. Si la Compañía de Jesús ha hecho tanto bien a la Iglesia, si no ha necesitado nunca reformas, si hoy es más fuerte que nunca, si es tan perseguida como temida por sus enemigos, el secreto está todo en la estrecha obediencia, en la severa disciplina que rige entre sus miembros.

3) Nosotros no somos Religiosos, pero en lo que se refiere a la obediencia, ninguno es más religioso que nosotros. Nosotros somos una Compañía de apóstoles; nuestro fin, además de la propia santificación es procurar la salvación de las almas en aquellas partes

del mundo donde seamos enviados. Por esto debemos estar dispuestos y preparados a la menor señal de la obediencia, y siempre a las órdenes de los Superiores, donde nos manden y a ejercer el Sagrado Ministerio, donde y cómo esté ordenado. Por esto “nos obligamos por un juramento”, en el cual no mencionamos más que el apostolado y la obediencia, dos cosas que están estrechamente unidas: “Prometo y juro dedicarme a las misiones por toda la vida y a observar la obediencia”. Por esto, ninguno de nosotros puede decir que tiene una obligación menor de la que tienen los más rigurosos religiosos. Y esta obligación es para los Padres que no hicieron el actual juramento. Ella está unida a la misma profesión de misioneros, consecuencia que se sigue del simple hecho de nuestra pertenencia al Instituto, cuyas Constituciones hemos aceptado. El que no ha hecho el juramento, ha prometido igualmente, con los términos más solemnes y afirmado ante Dios: “Prometo firmemente y decido dedicarme y entregarme hasta el último aliento de la vida, a la conversión de los infieles en las misiones asignadas al Instituto, bajo la total dependencia de mis Superiores”.

Además de esta antigua fórmula a la dedicación al apostolado, sigue de inmediato la profesión de la obediencia.

4) Es necesario que todos, y especialmente nuestros queridos jóvenes entiendan bien la estrecha relación que hay entre nuestra vocación de Apóstoles y la virtud de la obediencia. Dios quiere la obediencia como característica esencial de todos sus elegidos. Sólo los obedientes se salvan. Si queremos conocer anticipadamente quiénes serán los predestinados al cielo, basta buscarlos entre aquellos que obedecen. En cambio, en todas partes, bajo cualquier forma, se siente el “no serviré”, allá estamos en el camino de la perdición y del infierno. Ahora si hemos sido llamados a ser ministros de la salvación humana; si, como he dicho antes somos nosotros los que debemos hacer volver a los hombres a la obediencia, a la voluntad de Dios, debemos necesariamente ser los hombres, “los misioneros de la obediencia”, tratando de tener en todas las cosas, nuestra voluntad del modo más perfecto, conforme con la santa Voluntad de Dios, Voluntad que nosotros conoceremos y veremos prácticamente en las órdenes, en las disposiciones y en los deseos de nuestros Superiores. Si queremos ser buenos misioneros, debemos habituarnos con el continuo estudio de la obediencia a hacer de la Voluntad de Dios, la regla y el modelo de la nuestra. La Voluntad de Dios es el principio y

la razón de todo bien; fuera de la Voluntad de Dios está el mal, el pecado y la perdición. El alma que quiera dedicarse al apostolado y salvar las almas del pecado y la perdición debe, mediante un gran espíritu de obediencia, tener como fundida la propia voluntad en la de Dios y tener con Él el mismo querer. Con la desobediencia, el alma se encuentra fuera y en contra de la Santa Voluntad de Dios, deja de hacer el bien, deja de ser instrumento apto para procurar la salvación de las almas, porque Dios no puede bendecir las cosas que están en contra o aún las que no están del todo conforme a su gusto. Por consiguiente, tanto mejores misioneros seremos, cuanto más nos esforcemos en agradar a Dios, por una perfecta conformidad de nuestra voluntad con la Suya; tanto más mereceremos el nombre de Apóstoles cuanto más seamos amantes de la obediencia: San Jerónimo nos dice: “Despojarse del oro es propio de los principiantes, no de los perfectos: lo hizo Tebano, lo hizo Antístenes (discípulo de Sócrates); ofrecerse a sí mismo a Dios, es propio de los cristianos y de los Apóstoles”. Pero volvamos un poco los ojos a nuestro Maestro Divino y veamos cuáles fueron sus sentimientos, cuál fue su práctica de esta virtud. No olvidemos, especialmente nosotros misioneros, que Jesucristo es el Hijo de Dios que se encarnó para mostrarnos con su vida humana cómo Dios viva entre los hombres, a fin de que los hombres sepan de qué modo deben vivir para agradar al Señor. Jesús no nos engaña, y, ante su ejemplo, especialmente nosotros que queremos ser sus apóstoles debemos inclinarnos, adorar y fielmente imitar.

B. El modelo de la obediencia

5) Mis amados cohermanos, hagámonos una pregunta: ¿Por qué nos hemos hecho o queremos hacernos misioneros? Para seguir a Jesús más de cerca y vivir unidos a Él en un gran amor. Para darle la máxima prueba de este nuestro amor, queremos seguirlo por el camino del apostolado. Dedicando y sacrificando toda nuestra vida a promover los intereses de su Padre Divino, trabajando como trabajó Él por la salvación de las almas. Preguntémonos todavía: Si queremos ser misioneros, igual que Jesús, y trabajar igual como trabajó El ¿cómo ha realizado Jesús la gran obra de la salvación del mundo?

“Jesús ha podido salvar al mundo, sólo mediante su obediencia. La desobediencia nos perdió, la obediencia nos debía salvar. Como con la desobediencia de uno solo, todos fueron declarados pecadores, así también por la obediencia de uno sólo, todos serán constituidos justos”, (Rom. 5, 19). La obediencia fue el medio preestablecido por Dios y aceptado por Jesús para salvar las almas. La obediencia de Jesús fue la expiación debida por la universal desobediencia de los hombres. La obra de la salvación humana toda se compendia, pues, en la gran obediencia de Jesús. “Aunque era Hijo de Dios, practicó la obediencia en lo que padeció, y siendo perfecto vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”, (Heb. 8, 9).

6) Jesús, Hijo de Dios desde la eternidad, voluntariamente tomó nuestras enfermedades, experimentó en los padecimientos de su vida y muerte, todas las dolorosas consecuencias del gran sacrificio de su obediencia. Muerto por obediencia, llegó a la gloria y vino a ser causa y principio de salvación para todos los que le obedecen. ¡Profundo pensamiento de San Pablo que ilumina toda nuestra vida! Es el mismo gran Apóstol, quien más revela cómo la disposición primordial del Verbo Encarnado fue una disposición de amorosa obediencia hacia el eterno Padre. “Entrando en el mundo (Cristo), dice heme aquí que yo vengo como está escrito en el principio del libro, para hacer tu voluntad, oh Dios”, y continúa: “Es por esa voluntad que nosotros hemos sido santificados por medio de la ofrenda del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo”, (Heb. 10, 10). Si desciende del Cielo, no es por su propia voluntad, sino por obediencia: “No he venido por Mí mismo, sino Él me ha mandado”, (Jn. 8, 42). Y: ¡con qué entusiasmo vino! “Saltó como gigante a recorrer su camino”, (Sal. 18, 6) ¡Y con que ardor va a la muerte! “Es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y hago lo que el Padre me ha mandado, ¡vamos, salgamos de aquí!”, (Jn. 14, 31). Entrando en el mundo, declara que su misión no es hacer su voluntad, sino la del Padre”. “He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me ha mandado”, (Jn. 6, 38). En toda su vida no hubo un acto, un paso, una palabra que no sean ordenados o dirigidos por la obediencia: “No hago nada por Mí mismo, sino como me ha enseñado el Padre”, por lo cual pudo solemnemente afirmar: “Yo hago siempre las cosas que le son agradables”, (Jn. 8, 29).

7) La obediencia es al modo de vida de su vida que la llama su alimento: “mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha

enviado”, (Jn 4, 34). Aunque, como supremo legislador no estaba obligado a la observancia de las leyes, sin embargo, afirma enfáticamente: “No hay ni una jota o un punto de la ley que no sea cumplido”, (Mt. 5, 18). ¿Quién merecerá ser amado por Él? “Seréis mis amigos si hacéis lo que yo os mando”, (Jn. 15, 14). El llama al obediente con los dulces nombres de hermano, hermana y madre: “el que hace la voluntad del Padre que está en los Cielos, es mi hermano, mi hermana y mi madre”, (Mt. 12, 50). La misma muerte apareció por obediencia a las órdenes del Padre, “ofrezco la vida por mí mismo, dice Él hablando de su vida: “Esta orden la he recibido de mi Padre”, (Jn. 10, 18). Y después de estas declaraciones que Jesús hace con respecto a su obediencia, veamos algún ejemplo: ¿cómo nos describió el evangelista toda la vida escondida de Jesús? Con estas sencillas palabras: “estaba sujeto a ellos”, (Lc. 2, 51). ¡Treinta años de vida, un continuo ejercicio de obediencia! ¡Qué feliz suerte sería la nuestra, si al fin de nuestra vida, pudiéramos merecer también nosotros un elogio semejante, ¡fue un misionero obediente! Treinta años de vida escondida de Jesús, cuando el mundo tenía tanta necesidad de Él... treinta años, diremos nosotros, transcurridos en ocupaciones absolutamente insignificantes, cuando había todo un mundo que salvar... Y bien, el mundo para ser salvado, tenía precisamente necesidad de esta enseñanza, de esta obediencia y la tuvo y se salvó. ¡Oh, cómo a nuestro miserable amor propio le duele doblegarse ante este gran ejemplo! Y sin embargo, él solo debería bastar a persuadirnos de que, si anhelamos llevar también nosotros nuestra contribución a la salvación de las almas, no hay más que imitar la obediencia de Jesús.

8) Y Jesús no cesa de obedecer en su vida pública, y no obedece sólo a su Padre Divino. La obediencia a su Santísima Madre opera su primer milagro, aunque no hubiese llegado su hora para eso, obedece hasta la más pequeña ley judía y, mientras preparaba al apostolado a sus primeros discípulos, realizó un milagro para enseñarles con cuánto cuidado debían evitar todo mal ejemplo en materia de obediencia. Después de haber demostrado que Él no podía estar obligado a pagar el tributo, dijo a Pedro: “Para que no se escandalicen, vete al mar, echa el anzuelo y al primer pez que agarres, ábrele la boca y allí encontrarás una moneda de plata. Tómala y dásela para el tributo mío y tuyo”, (Mt. 17, 26).

Pero cuando la obediencia de Jesús resplandece con todo su fulgor, es en su pasión y muerte. A la entrada en el mundo Él se ofreció como Víctima a su Padre. La ley que prevalecerá en el sacrificio de esta Víctima, será la obediencia, la sumisión más absoluta al querer del Padre. Jesús se da y se sacrifica, pero se da y se sacrifica como agrada disponer su Padre. Todos los detalles de su sacrificio fueron anunciados por los profetas, intérpretes oficiales de la voluntad de Dios y Jesús en su Pasión se aplica con rigor a dar cumplimiento a todos estos particulares ordenados por el Padre. Durante su penosísima agonía, su parte sensible se atemoriza ante el amarguísimo cáliz: “Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz”. Pero su voluntad enteramente sometida a las órdenes divinas, le hace, al instante, añadir: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”, (Lc. 22, 42). Sus enemigos vienen para capturarlo, demuestra cómo podría librarse de sus manos, si quisiese pedirle al Padre que le envíe legiones de Ángeles: pero no, Él quiere que la voluntad del Padre, manifestada en las Escrituras, se cumpla: “Que se cumplan, pues, las Escrituras”, (Mc. 14, 49), y se deja arrestar.

9) Desde este momento queda al capricho de sus enemigos, a los cuales obedece como manso cordero; hasta que pendiendo de la cruz, al punto de expirar, dirige una mirada sobre toda su vida, como para hacer un examen de conciencia, y exclama: “Todo está cumplido”, (Jn. 19, 30). ¡Todo ha sido cumplido con la más perfecta obediencia! He aquí, queridísimos cohermanos el ejemplo, el modelo que debemos imitar, si queremos tener parte del divino apostolado.

Hubiera podido dispensarme de hacer este breve retrato de la obediencia de nuestro Divino Maestro... son consideraciones que se encuentran en cualquier libro de meditaciones, pero para hacer más eficaz lo que me propongo decir, pensé necesario presentar primero el ejemplo de Nuestro Señor y ponerlo ante nuestra vista. El ejemplo de Jesús debe ser una fuerza de persuasión irresistible sobre toda alma que quiere amarlo y seguirle. Hemos dicho antes que queremos ser misioneros como Jesús y salvar las almas, como lo ha hecho Él: y bien, “mira y haz según el modelo que se te ha mostrado”, (Es. 25, 40). El ejemplo es Jesucristo. Él mismo nos dice: “Os he dado ejemplo para que como yo hice, hagáis también vosotros”, (Jn. 13, 15). Si queréis ser verdaderos misioneros, sed obedientes, y obedientes como he sido yo. Quien dice permanecer en Cristo, debe comportarse como Él se ha comportado, (1 Jn. 2, 6).

C. Naturaleza y fundamento de la obediencia

10) Pero profundicemos un poco este tema y tratemos de ver en primer lugar algo sobre la naturaleza y el fundamento de esta virtud. La obediencia se define como una virtud moral y sobrenatural que nos inclina a someter nuestra voluntad a la de los Superiores “en cuanto son representantes de Dios”. Conviene aclarar estas últimas palabras, porque son el fundamento y la base de la obediencia cristiana. La obediencia está fundada sobre el soberano dominio de Dios y sobre la sumisión absoluta que le debe la creatura. No es necesario explicar aquí por qué debemos obedecer a Dios, nuestro Creador, nuestro Padre y Redentor, será, en cambio, útil ver por qué, en consecuencia de estos derechos de Dios sobre nosotros debemos obedecer a sus legítimos representantes. Tanquerey explica así este punto en su tratado de Ascética: “Porque el hombre no puede bastarse a sí mismo, por su cultura física, intelectual y moral, Dios ha querido que él viviese en sociedad. Ahora, la sociedad no puede subsistir sin una Autoridad que coordine los esfuerzos de sus miembros hacia el bien común; Dios quiere, pues, que haya una Sociedad jerárquica, con Superiores encargados de mandar e inferiores que deban obedecer. Para hacer esta obediencia más llevadera. Él delega su autoridad a los Superiores legítimos: ‘No hay autoridad sino de Dios’, (Rom. 13, 1) así es que obedecer a éstos, es obedecer a Dios, y desobedecerles es ir al encuentro de la propia condenación. ‘Por lo tanto, quien se opone a la autoridad, se opone al orden establecido por Dios. Y aquellos que se oponen, se echarán encima la condenación’, (Rom. 13, 2).

El deber de los Superiores es de no ejercer su autoridad sino como Delegados de Dios, para procurar su gloria y promover el bien general de la comunidad; si faltan, son responsables de este abuso de autoridad ante Dios y sus representantes. Pero el deber de los inferiores es el de obedecer a los representantes de Dios, como a Dios mismo: ‘Quien os escucha a vosotros, me escucha a Mí y quien os desprecia a vosotros, me desprecia a Mí’, (Lc. 10, 16). Y se ve la razón: sin esta sumisión, no habría en las diversas comunidades, más que desorden y anarquía”.

La cita es larga, pero tratándose del fundamento sobre el que se basa toda doctrina cristiana de la obediencia, me ha parecido bien, servirme de las palabras tan precisas del sabio autor.

El gran principio, por consiguiente, es éste: debemos obedecer a los Superiores legítimos “como a Dios mismo”. Debemos ver en los Superiores, sólo la autoridad de Dios; por lo cual, desobedecer a los Superiores es como desobedecer a Dios en persona. Ésta es la gran verdad, el artículo de fe que se debe inculcar al que quiere militar en las filas de los Apóstoles del Evangelio. Y no será inculcada nunca bastante esta verdad de ver a Dios en la persona de nuestros Superiores. Es sólo la ignorancia o el olvido de ella que explica nuestras desobediencias; por lo cual, creo oportuno aclararla más con otro argumento.

11) El mismo Apóstol Pablo, el cual ha anunciado la gran verdad de que no hay autoridad que no venga de Dios, escribiendo a los de Éfeso, les recomienda obedecer a los hombres como a Cristo “con sencillez de espíritu, como a Cristo...” y sigue explicando su pensamiento muy claramente: “no sirviendo para ser vistos, como para agradar a los hombres, sino como servidores de Cristo, cumpliendo la voluntad de Dios de corazón, prestando el servicio de buena voluntad, como al Señor y no como a los hombres...”, (Ef. 6, 5). Por consiguiente, no debemos ver el hombre en nuestros Superiores, ni sus cualidades, virtudes o defectos; no debemos obedecer, porque el Superior es bueno, razonable y agradable; sino sólo porque tiene el puesto y la autoridad de Dios, el Cual, como quiere ser ayudado en la persona del pobre y amado en la del prójimo, igualmente quiere ser obedecido en la persona del Superior. A los Colosenses el mismo Apóstol recuerda que, como el premio de nuestra obediencia, lo debemos esperar del Señor, así es a Él y por Él sólo que debemos obedecer: “Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón como para el Señor y no para los hombres, sabiendo que recibiréis del Señor la herencia en recompensa”, (Col. 3, 23). Y el Apóstol Pedro sostiene el mismo principio: “Estad sometidos a toda institución humana por amor del Señor”, (1 Pe. 2, 13).

12) Debemos, amadísimos cohermanos, asegurarnos bien en esta verdad divina y agradecer a Dios de habernos así facilitado la obligación del sometimiento de nuestra voluntad a la de los Superiores, garantizándonos que tendrá como hecho a Sí mismo todo acto nuestro de obediencia y sumisión. Pero al mismo tiempo

tengamos seguro que nada podrá justificar jamás nuestras desobediencias, ni la ignorancia, ni la escasa virtud de nuestros Superiores. El mérito de la obediencia está todo aquí. ¿Quién no obedecería a Nuestro Señor si viniese en persona a darnos sus órdenes? El mérito está en obedecer al hombre, “porque Dios así quiere ser obedecido”. Él ha querido estos intermediarios entre Él y nosotros; Él quiere servirse de estos intérpretes, aunque los conozca miserables y defectuosos. Diré más: los defectos, la ignorancia y las faltas de los Superiores entran también en los designios de Dios, con respecto a lo que Él quiere hacer de nosotros. César Augusto mandó el censo por ambición. Herodes mandó la matanza de los inocentes por celos y determinó la huída de la Sagrada Familia a Egipto; jueces inicuos dieron muerte a Nuestro Redentor. Jesús obedeció siempre: vino a nacer en Belén, fue niño al destierro, padeció la muerte de cruz; reconoció la autoridad de Dios en los gobernadores y en sus mismos jueces injustos: “Tú no tendrías ningún poder sobre Mí, si no te fuese dado de lo alto”, (Jn. 19, 11), y obedeció también a los malvados; ¿Y cuáles designios se cumplieron? ¡Sólo los adorables y eternos designios de Dios! Cuando aún nuestros Superiores fueran malos como los Escribas y los Fariseos, también entonces deberemos obedecer: “Sobre la Cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: ‘haced lo que os digan y cumplidlo –lo demás no os toca– pero no imitéis sus obras’, (Mt. 23, 2)”. Cuando en nuestros Superiores viésemos defectos e imperfecciones, obedezcamos con perfección más grande y tendremos mayor mérito. San Juan Clímaco, interrogado cómo pudiese obedecer a un superior suyo defectuoso, decía: “He sobrepuesto la imagen de Cristo a mi Superior”.

D. Misterio de Fe

13) He dicho antes que esta doctrina de ver la autoridad de Dios en la persona de nuestros Superiores es verdadera como un artículo de fe y lo he demostrado suficientemente. Nosotros nos encontramos de hecho ante un misterio de fe. El hecho de que Dios, reclamando nuestra obediencia e imponiéndonos un continuo acto de fe, manda el único sacrificio digno de Él que la creatura racional puede ofrecerle, el sacrificio de la propia voluntad. Aquél que sacrifica e

inmola la propia voluntad, el propio juicio sobre el altar de la obediencia, se da todo entero a Dios, le da aquello que sólo Dios verdaderamente aprecia, aquello que es la mejor parte del hombre, aquello que constituye todo el hombre. El que, por el contrario, es reacio a la obediencia y le niega a Dios la propia voluntad, le rechaza a sí mismo, y entonces, ¿qué le importa a Dios todo el resto? Éste es el misterio de la obediencia.

Los santos han visto en la obediencia una especie de misterio eucarístico. En el momento en que un Obispo, un Superior cualquiera, está legítimamente nombrado e investido de su jurisdicción, Dios lo hace inmediatamente partícipe de su propia autoridad, y con la autoridad le comunica su poder, su solicitud por las almas, su corazón. Las apariencias de un Superior, así investido de la de la autoridad de Dios, como las de la Eucaristía, permanecen miserables y humildes, y a pesar de todo es este Superior que nos representa a Dios y debe comunicarnos sus soberanas órdenes. Se nos da la Eucaristía como alimento de nuestras almas, para darnos la vida de Dios: para mostrarnos el camino del deber, para hacernos conocer la voluntad de Dios sobre nosotros, para aclarar nuestras dudas, están los Superiores. ¿Os acordáis del episodio de la conversión de San Pablo? Derribado en el camino de Damasco se convirtió; él hace a Jesús aquella pregunta, la gran pregunta de toda la vida de todo cristiano, de todo misionero: “Señor, ¿qué quieres que haga?” Y Jesús: “Levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que tienes que hacer”, (Act. 9, 6). El gran convertido hubiera podido detenerse a preguntas: ¿Por qué ir a la ciudad? ¿Por qué no me lo dices tú, oh Señor, lo que queréis de mí? ¿No sería mucho más simple? Sería, tal vez, más simple, pero no conforme a la divina economía, que quiere hablarnos por medio de los Superiores. Es así como el Señor quiere obrar en su Providencia ordinaria, para nuestro mayor mérito, pero también para nuestra absoluta seguridad. Una inspiración en la oración, una voz interior, una revelación directa del Señor, no tienen valor absoluto de certeza, pudiendo ser juegos de fantasía, ilusiones diabólicas. Sólo la obediencia a nuestros Superiores da absoluta seguridad para todas las situaciones, para todos los casos en que el alma se puede encontrar. ¡Cómo tenemos que estar agradecidos al Señor, por haberlo dispuesto así!

14) Santa Teresa de Ávila tuvo una visión y le pareció que nuestro Señor le ordenase algo que no era del todo conforme a lo que

le había ordenado su confesor. Pero decidió obedecer al confesor, diciendo al Señor: “Aunque yo sepa, mi Dios, que eres Tú el que me hablas y yo tenga la mejor disposición de obedecerte, sin embargo, no es de fe que eres propiamente Tú que me hablas, pero es de fe que es mi Dios el que me habla por la boca de mi confesor”. Y Santa Margarita de Alacoque: “Jesús es mi Maestro y Director; pero Él no quiere que yo haga nada, sin el consentimiento de mi Superiora. Quiere así que le obedezca más a ella que a Él”. Tengamos, pues, la fe de los santos, y veamos en los Superiores sólo la persona de Jesús. “Me habéis recibido como a un ángel de Dios”, decía San Pablo a los Gálatas, “como a Cristo Jesús”, (Gal. 4, 14). Tengamos esta fe y seremos bendecidos. Quisiera que mis cohermanos reflexionaran y se hiciese meditar a los jóvenes, el gran contenido de aquellas palabras: “Ellos, en efecto, velan como quienes han de rendir cuenta de nuestras almas”. Los Superiores, dice San Pablo, velan de continuo, como responsables ante Dios, del bien de nuestras almas, por lo cual, si vosotros, por negligencia de los Superiores, tuvisteis que incurrir en alguna falta, a ellos se les atribuirá la culpa delante de Dios. Los Superiores, por consiguiente, tienen que soportar la fatiga y la responsabilidad de su puesto. ¿Y qué responsabilidad? La mayor de todas, dice Santo Tomás, la que deba rendir un hombre de las acciones y de la vida de los otros, sin que le sea suficiente la rendición de sí mismo. Sumamente notables son también las palabras que siguen en el texto arriba citado del Apóstol: “Para que hagan esto con gozo y no gimiendo: eso no sería de provecho para nosotros”, (Heb. 13, 17). San Pablo pide aquí que, conscientes como somos del peso que cargan los Superiores, nosotros debemos obedecerles con agrado, por donde ellos puedan cumplir su oficio con alegría y consuelo y no gimiendo, y no con tristeza y lágrimas. “Eso, en realidad, no sería provechoso para vosotros, dice el Apóstol, sea porque las desobediencias dificultan la obra de los Superiores, impiden el bien y ocasionan daño a la comunidad, sea porque de eso hará justicia el Señor. Amados cohermanos, ¡medita con frecuencia estas palabras de San Pablo! Y lo digo a todos, a los de cerca y a los de lejos; aquí en la patria, en los Obispos, Prelados y Superiores en general, se suele ver la dignidad del cargo, los honores que los rodean y las ventajas del puesto. Generalmente el que ocupa un lugar destacado es considerado feliz y privilegiado; idea superficial y equivocada, “porque ven la unción pero no la cruz”: pocos consideran las penas y los trabajos, los dolores

y las lágrimas que cuestan ciertos cargos. Seguramente en la patria, sin duda, la autoridad generalmente está rodeada de un cierto brillo y ofrece algunas ventajas. Pero yo hablo a vosotros, queridos cohermanos, a vosotros que sabéis como viven nuestros Superiores en la misión y en la patria: para ellos la cruz es toda cruz; brillo no tienen, ventajas, menos todavía. Por eso ¡cómo estamos más obligados a ser con ellos prudentes, complacientes y amorosamente obedientes!

Si en una comunidad no hay estas disposiciones, como quiere el Apóstol Pedro: "... con la obediencia a la verdad, con amor fraterno", (1 Pe. 1, 22), la posición de los Superiores es insostenible, es un martirio. ¿Cuál sería, en realidad, la posición de un Superior que debiese gobernar una misión, o una comunidad de súbditos poco benévolos, incapaces de aceptar observaciones, que sólo se cuidan de su comodidad, propensos a la crítica, exigentes con los demás e indulgentes consigo mismos? ¿No sería la posición de tal Superior digna de compasión? ¿Podría tal misión, tal comunidad merecer las divinas bendiciones?

No suceda así entre nosotros: veamos en nuestros Superiores a nuestros Padres, aquellos que Dios, por nuestro amor y servicio, ha cargado con una cruz más pesada. Sea, por lo tanto, nuestro gran empeño el ser para con ellos, como decía, prudentes, complacientes y amorosamente obedientes, para que lleven su cruz "con gozo y no gimiendo".

E. Los Superiores eclesiásticos

17) Donde quiero extenderme por más tiempo, es en aclarar los artículos 204 y 210 de las Constituciones que se refieren a la obediencia que como Misioneros, debemos a nuestros venerables Obispos, Vicarios y Prefectos Apostólicos. El art. 204 dice: "Entrando en Misión los nuevos Misioneros, se pondrán enteramente en las manos del Obispo, del Vicario o Prefecto Apostólico, profesándole perfecta obediencia y sumisión", y el art. 210 añade: "El Misionero se cuidará de oponerse con pertinacia a los puntos de vista del Obispo... de criticar lo realizado por los cohermanos, de despreciar las costumbres aprobadas en la Misión. Escribirá con frecuencia al Obispo para exponerle sus dudas y temores, sus dificultades y

necesidades, sometiéndose siempre a sus disposiciones y consejos”. No perdamos nunca de vista la naturaleza de nuestro Instituto: nosotros somos puramente y simplemente una Sociedad de Misioneros. Se ingresa en nuestro Instituto con el fin exclusivo y específico de dedicarse a la conversión de los infieles en las Misiones. Si alguno se ha quedado por algún tiempo en Italia, eso es sólo y únicamente para cooperar a las obras comunes de este apostolado que se realizan en Italia. Así considerados, como realmente somos, a saber, como “Misioneros apostólicos”, nuestros Superiores naturales son los Obispos, los Vicarios y Prefectos Apostólicos de las Misiones. Ellos son nuestros Ordinarios (Can. 198). Los Superiores eclesiásticos de las Misiones tienen la responsabilidad de la evangelización de su territorio y toda la autoridad para dirigir las obras de apostolado de las Misiones (Can. 335). Y queda claro también que esta autoridad no la reciben del Superior del Instituto, aunque sea él el que los presenta, sino directa y exclusivamente de la Santa Sede. Más aún, ellos, en cuanto Ordinarios, no están sujetos al poder de los Superiores del Instituto y dependen sólo de la misma Santa Sede (Can. 627, 2). Recuerdo también el Can. 329, donde se declara que: “Los Obispos son sucesores de los Apóstoles y por institución divina presiden a las Iglesias particulares, que gobiernan con potestad ordinaria, bajo la autoridad del Sumo Pontífice”. Recordados estos principios, no tengo más que hacer mío el deseo del Santo Pontífice Pío X: que entre nuestros Misioneros florezca y se acreciente cada vez más la “reverencia y la obediencia” solemnemente prometidas a aquellos que el Espíritu Santo ha puesto para gobernar la Iglesia. Sin obediencia a nuestro Superiores eclesiásticos, el celo del misionero no puede ser perfecto ni fructuoso, porque falta la bendición del Señor. Esta bendición será tanto más abundante, cuanto más el misionero sepa obedecer, despojándose del propio modo de ver y abandonándose y conformándose a las directivas y disposiciones de quien, sólo, como dije antes, tiene en la Misión la responsabilidad de la evangelización y de las obras a ella encaminadas. Si en nuestras Misiones hay obediencia, todo procederá en paz, y en la paz se tendrán los más consoladores progresos.

En cuanto a los destinos que se nos puedan dar, tratemos de recibirlos como venidos de las mismas manos de Jesús el oficio o puesto que nos confía la autoridad, sea que se relacione directamente con la evangelización de los infieles, o que concorra sólo

indirectamente a ella. El Superior eclesiástico puede confiar a sus misioneros cualquier trabajo, oficio o puesto que sea útil a la buena marcha de la misión, tanto en la ciudad como en un distrito, en el Seminario como en la Procura. Una vez ocupado el puesto, no busquemos cambiarlo. San Francisco Javier aconseja así en una de sus cartas: “No hay puesto que en algún momento no produzca aburrimiento o cansancio, y, fuera de los muy obedientes y entregados a la voluntad de Dios, todos se inclinan a cambiar su puesto por el de los otros. Esta inquietud proviene muchas veces de nuestro espíritu de independencia y del pensar de ser tratados peor que los demás. Creedme, el que no tiene el espíritu de obediencia, se mueva como quiera, no encontrará nunca descanso. Quien tiene fiebre, no encuentra nunca una posición cómoda. Una de las razones del descontento, para los Misioneros es ésta: de no estar tal vez satisfechos del propio puesto; y bien, recordemos entonces estas palabras del gran patrono de las Misiones. Es admirable, es, en realidad, una de las características más bellas de nuestro Instituto la obediencia con la cual todos y siempre, nuestros nuevos Misioneros reciben su destino a una determinada misión. Esta generosa, grande y bella disposición los acompaña siempre en la vida. Pueden ellos, ciertamente, exponer deseos y dificultades en cuanto a los puestos, cambios, etc., pero, hecho ésto, dejan la decisión a la sabiduría y a la voluntad de los Superiores. Que ninguno merezca, a este propósito, el reproche de San Bernardo a un cierto Ogerio, que obtuvo, después de mucha insistencia, ser librado de un oficio: “Una vez aceptado un oficio, no era lícito dejarlo... La licencia arrancada, después, no es licencia, sino violencia... Me congratulo contigo que has sido exonerado, pero temo que Dios haya sido deshonrado por ti. Di la verdad: ¿te ha agradado más tu tranquilidad que la utilidad de los demás? Cuando no se expone más que una parte de la situación o de un asunto, o se emplea indebidas presiones, o se muestra inquietud y descontento para obtener del Superior un cambio del puesto, o un permiso, no nos ilusionemos de obedecer; el que obra así, dice el mismo San Bernardo, “se engaña a sí mismo; en tal caso él no obedece al prelado, sino que es el prelado quien le obedece a él”. Y sobre este punto nos viene a la memoria las inolvidables palabras del libro de la Imitación de Cristo: “Aunque vayas de acá para allá, no tendrás paz, sino en el humilde sometimiento al gobierno de un Superior. A muchos ha engañado la ilusión de estar mejor en otros lugares y el placer de la novedad”.

Finalmente el misionero que quiere ser perfecto en la obediencia, no debe distinguir entre reglas obligatorias o simplemente directivas, entre órdenes de los Superiores y sus consejos. Él se somete a todo con gran corazón, porque en todas las manifestaciones de la voluntad de los Superiores, no ve otra cosa que la expresión de la Voluntad de Dios. Tal debe ser la única norma de la vida de un hombre totalmente consagrado a Dios y a las almas. Debemos confesarlo: muchos males se evitarían en las Misiones, muchas vocaciones se salvarían –y no hablo sólo de nuestra casa– si, despojándonos de cierto materialismo, que tal vez, en los Superiores, hace ver sólo y demasiado al hombre, se siguiesen los sabios avisos del ya citado Mons. Marinoni, el cual nos exhortaba a no olvidar jamás que los Ordinarios de las Misiones gobiernan en nombre del Vicario de Cristo y que la índole propia de los hijos de la Sabiduría, es la obediencia y la caridad, y por eso quería que sus Misioneros se distinguiesen más en estas grandes virtudes.

F. A los Superiores del Instituto

18) Esta carta escrita para todos está dirigida de un modo particularísimo a los Superiores y Padres de nuestras casas de formación, desde las más pequeñas hasta las mayores. Son ellos, los Rectores, padres espirituales, maestros y descendiendo hasta los simples prefectos, los que deben educar a los jóvenes en la práctica religiosa y amable de esta virtud. Y, en primer lugar, ellos deben preceder con el ejemplo, conformándose en todo a las disposiciones de los Superiores mayores. ¡Qué desorden cuando por ejemplo, un Vice-Rector no se conformase del todo a las disposiciones de su Superior inmediato, sino quisiera hacer por su cuenta, siguiendo sus propios puntos de vista. ¡Qué confusión cuando un Rector ignorase e hiciese ignorar las disposiciones dadas por la Dirección General en varios Directorios, precisamente para lograr orden y uniformidad, en el sistema educativo y disciplinar de nuestras Casas! Esta recomendación a los Superiores es oportunísima, porque en un Instituto como el nuestro, puede fácilmente suceder que oficios de dirección sean confiados a Padres recién venidos de las Misiones, que desconocen los métodos y las costumbres en vigor. Si, ignorando los Reglamentos y las disposiciones de los Superiores mayores, cada uno

quisiese dar una impronta demasiado personal a las obras que se le han encomendado, es fácil ver con qué inconvenientes y desórdenes nos encontraríamos. Y hablando de los Superiores, me complazco en copiar aquí la exhortación que les hace el Ven. P. Chevrier: “Es necesario, dice él, que un Superior esté lleno del espíritu de Dios; es necesario que un Superior conozca en cada instante la voluntad de Dios y la haga cumplir por sus inferiores. ¡Qué obra! ¡Qué responsabilidad! ¡Qué unión íntima con Jesucristo debe tener este hombre para no decir ni hacer sino lo que Jesucristo quiere y desea ver hecho por sus miembros! ¡Con qué cuidado es necesario que un Superior estudie a Jesucristo, su divina palabra, su doctrina, su estilo, para mandar según Jesucristo, para dirigir según Jesucristo, para gobernar cada casa según Jesucristo, cada persona, cada alma en particular!

Desconfianza de sí mismo, oración, estudio, consejo. Y aun a los Superiores les recomiendo tener corazón de padres, si quieren la obediencia de los hijos: “Exhorto a los ancianos que hay entre vosotros... apacentad el rebaño de Dios, que se os ha encomendado, gobernándolo, no con la violencia, sino con agrado, según Dios... no con prepotencia sobre las personas”, (1 Pe. 5, 1). Se requiere mucha humildad para obedecer bien, pero no se requiere menos para mandar bien”. Te han hecho jefe, no te exaltes, compórtate como los otros, como uno de ellos” (Ecle. 32, 1).

G. A la paternidad y dulzura, añadamos la humildad

Humildad para obedecer bien, pero no se requiere menos para mandar.

Evitar las maneras duras e imperiosas, no quiere decir, por eso que se deba ser débil al exigir el cumplimiento de las órdenes que se deben dar. La sabiduría de un Superior está justamente aquí, en saber bien mezclar, en el ejercicio de su oficio la dulzura con la firmeza, para lograr la fácil condescendencia de los súbditos y al mismo tiempo, mantener íntegro el respeto de la autoridad y la fiel ejecución de la obediencia.

Ahora yo os exhorto fervorosamente a todos a tener muy en cuenta estas normas de nuestro Instituto y a observarlas fielmente: Si

hubo períodos de incertidumbre y decaimiento en los Institutos Religiosos fue cuando se tuvo poca cuenta de la observancia de las Reglas. Es conocido el dicho de Pío IX, que se empeñaba en canonizar, sin ninguna otra formalidad, al religioso que hubiese siempre observado fielmente su Reglamento. Y, a la propia vocación, porque es allí, donde Dios nos ha preparado las gracias necesarias a nuestras Instituciones, como le tienen los Religiosos de observar las suyas. Nuestras Constituciones acompañan al misionero y lo guían, además que en el trabajo de la propia santificación, también en la practica del celo y del ministerio apostólico. El mismo ministerio de las Misiones está subordinado a este deber primordial de la observancia fiel de las Constituciones y hacer concordar con ellas, sus reglamentos particulares. Con esto, la autoridad de los Superiores eclesiásticos no queda en nada disminuido, porque las Constituciones del Instituto han sido estudiadas por la Santa Sede, en vista del mayor bien de las Misiones. Pero para observar bien las Constituciones, es necesario conocerlas y estudiarlas.

H. Para nuestros jóvenes

20) Pero es en nuestros aspirantes, en todos aquellos que en nuestras Casas, se preparan a las Misiones, que se deben asiduamente y con el mayor cuidado y premura, inculcar el espíritu y la práctica de la obediencia. Se da gran importancia, y muy justamente, a la virtud de la pureza, y al que tan sólo se sospeche de debilidad en la materia, se lo declara no apto para la vida eclesiástica misionera: ahora bien, la misma importancia, sino mayor, se debe dar a la obediencia. Espíritus soberbios, rebeldes a la sumisión, difíciles a doblegarse, fáciles a la crítica de los Superiores, aunque tuviesen otras buenas cualidades, no son aptos para la vida de las Misiones. Los desobedientes son los soberbios y de los soberbios, el Señor no sabe que hacer. Nunca la obra de un sacerdote orgulloso fue bendecida por Dios. La primera de las causas, quizá la única verdadera causa, porque en las Misiones, las vocaciones pueden fracasar, es la soberbia, que generalmente se manifiesta en la poca sumisión. La obediencia es la señal mas cierta y segura del buen espíritu de una comunidad. Enseñamos a nuestros jóvenes esta gran verdad, que solo cuando un alma es dócil a los

Superiores, está segura de su propia vocación y está segura de ser conducida por el Espíritu de Dios. Salir del camino de la estrecha obediencia, es andar fuera del camino, es andar a la ruina. ¿Y por qué? Porque el que se substrahe a la obediencia, se substrahe a la gracia. ¿Puede haber desgracia mayor? ¿Qué somos sin la gracia? Y esta doctrina no es mía. Es una sentencia muy profunda de “La Imitación de Cristo”: “Hijito, el que busca substraerse a la obediencia, se substrahe también a la gracia” (L. III Cáp. 13,1). Repito, seamos muy exigentes en materia de obediencia. El joven que hoy no obedece en las cosas pequeñas, mañana será rebelde en las grandes. Debemos educar la voluntad de nuestros jóvenes, y eso se obtiene con la disciplina de la obediencia. Se disciplinan las aguas y se obtiene irrigación y la electricidad; se disciplina el fuego y se obtiene el vapor. Disciplinando la voluntad de los santos, la Iglesia ha tenido las grandes luces iluminadoras e incendiarias del apostolado.

21) Nuestro Instituto, somos escuadrón a banderas desplegadas, quiere ofrecer a la Iglesia un ejército en perfecto orden de Sacerdotes y Hermanos, para las sagradas conquistas de la Cruz. Mandar almas soberbias y desobedientes a nuestras Misiones es preparar a quienes mañana desobedecerán nuestras filas y romperán nuestra unidad. Y ¿qué sería de nuestro Instituto, si no pudiéramos contar con la absoluta obediencia de nuestros jóvenes; si un Superior, un Obispo, no pudiese encontrar en sus misioneros aquella obediencia, aquella abnegación que los comandantes de los ejércitos del mundo encuentran en sus soldados? Y no os oculto por eso, que quedo profundamente dolorido, cuando veo que se hace poco caso de ciertas órdenes, cuando descubro que algunos encuentran tantas dificultades en pequeñas obediencias, cuando siento con que espíritu se reciben, quizá, las disposiciones poco agradables de los superiores... Los buenos superiores no deben cerrar los ojos cuando advierten semejantes faltas. Ellos tienen el deber de llamar siempre a los transgresores y enfrentarlos cara a cara con su culpa. Con los desobedientes, con los murmuradores, con los soberbios, no se debe transigir nunca, sino con caritativa firmeza se necesita persuadir e inculcar en ellos el espíritu de obediencia y de sumisión. Es necesario enseñarles que sólo si se esfuerzan en ser obedientes, podrán esperar cumplir bien y verdaderamente su preparación al apostolado, obteniendo las más bellas victorias sobre sus pasiones: “El hombre obediente cantará victorias” (Prov. 21,18). Otra preparación, que no

vaya unida a la obediencia no sirve, porque la misma piedad, sin el espíritu de la humilde sumisión, puede ser un engaño.

22) Escuchemos y meditemos sobre estas palabras de la Sagrada Escritura. La obediencia vale más que el sacrificio ofrecido por los tontos que no comprenden que hacen mal (Ecl. 4,17), y estas otras sobre lo mismo: “¿Acaso el Señor agradece los holocaustos y los sacrificios, como la obediencia a la voz del Señor? Exactamente, obedecer en mejor que el sacrificio, el serle dócil es más que la grasa de los animales”, (1 Sam. 15, 22). La obediencia en primer lugar, entonces, también la piedad será sincera, el sagrado texto continúa: “Porque la rebelión es pecado de adivinación y la insubordinación es iniquidad y pecado de idolatría”. El Profeta Samuel muy sabiamente, nos advierte que el resistir a las órdenes de Dios, que nos llegan por medio de la obediencia, es como pecado de adivinación y de idolatría, en cuanto que el desobediente pretende, en cierto modo, adivinar y decidir aquello que convenga hacer el querer de Dios o el propio, cayendo así en una especie de idolatría, adorando y queriendo su propio querer. Es a ellos, a nuestros alumnos, discípulos predilectos de Nuestro Señor, que son dirigidas particularmente, aquellas divinas palabras que son todo un programa de vida religiosa. “No todo el que me dice ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos; éste entrará en el reino de los cielos”, (Mt 7, 21). El desobediente puede añadir: Señor, es verdad, no me agrada mucho obedecer, pero quiero igual ser misionero y quiero ir a convertir muchas almas... No, dice el Señor, tu vocación, si no eres obediente, se apoya en la arena. “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos nosotros profetizado... y realizado muchos milagros en tu nombre? Pero yo les diré: ‘Jamás os he conocido’. Todo el que escucha estas palabras mías y las practica, es semejante a un hombre sabio que ha construido sobre roca”, (Mt. 7, 22). Esté, pues, la vocación de nuestros misioneros, bien fundada sobre la piedra de la santa obediencia, y entonces Jesús bendito nos reconocerá por suyos. No hay que formarse ninguna ilusión sobre este punto: el que quiera ser misionero, debe ser humilde y obediente. El que en la práctica no lo quiere entender, que se quede allí de donde ha venido; las misiones no son para él. Dije un poco antes que se debe ser tan exigente con respecto a la virtud de la obediencia como para la pureza. Ahora, a este propósito, hago otra reflexión, que es también una enseñanza. ¿Queremos estar seguros sobre la vocación de un

joven? Veamos su obediencia. El que es obediente es humilde y el que es verdaderamente humilde es ciertamente puro. Es necesario meditar estas graves palabras de la “Imitación”: “todo el que no se somete voluntariamente y espontáneamente a su Superior, demuestra que su carne no le está totalmente sometida sino que es recalcitrante y con frecuencia se revela. Aprende por lo tanto, a someterte a tus Superiores con prontitud, si quieres dominar tu carne... Es porque todavía con mucha frecuencia te amas desordenadamente a ti, que no sabes someterte enteramente a la voluntad de los demás”. Esta enseñanza que el autor de la “Imitación” pone en boca del Señor, es muy hermosa; enseña el camino para dominar más perfectamente nuestros sentidos, y al mismo tiempo nos advierte que difícilmente un espíritu rebelde podrá conservarse puro. Esto debemos tener bien presente, de un modo especial, los educadores de nuestros Misioneros, para que no se vayan a mandar adelante y enviar a las Misiones, hombres que mañana podrán hacer llorar a la Santa Iglesia.

24) Vigilen nuestros Superiores a fin de que los jóvenes se eduquen para obedecer, no sólo por motivos de fe, de lo cual ya he tratado más arriba, sino que su obediencia sea también siempre pronta, completa y afectuosa. No me extiendo a explicarlo. Digo sólo que se debe exigir que el joven se habitúe a obedecer con alegría y prontitud: sin ninguna duda, discusión, ni observación para no someterse: no agrada a Dios la obediencia que pone reparos y disensiones, aquella obediencia que, cuando se manda, pregunta por qué, por qué razón, por qué cosa se manda, dice San Agustín.

Observamos, admirados con los santos Apóstoles, con qué alegría se dirige Jesús a Jerusalén, donde sabía que iba a encontrar su Pasión y muerte. “Jesús caminaba delante de ellos y ellos estaban admirados y los que lo seguían atrás, estaban llenos de temor”, (Mc. 10, 32). La Santísima Virgen, oía la voluntad de Dios, que la destinaba para Madre del Salvador, responde al momento: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, (Lc. 1,38). San Bernardo, describiendo la obediencia de Nuestra Señora, dice que obedecía “con corazón voluntarioso, con cara alegre y con acción veloz” (*corde volenti, laetanti facie, veloci opere*). San José, recibida la orden de partir en la noche, obedece sin excusas ni quejas “Habiéndose despertado del sueño, José hizo como le había ordenado el ángel del Señor”, (Mt. 1,24).

25) Obedezcan en todo, no sólo en las cosas que nos agradan. Obedezcan bien, con todos los detalles. A veces se recibe con gusto un oficio, pero no se tolera las observaciones y correcciones, sobre el modo de cumplirlo. Eso no es ejercicio de virtud, sino de amor propio. Se obedece a todos y no sólo a aquellos Superiores que nos son simpáticos. El que sigue esta preferencia no obedece a Dios sino a la criatura. El Padre Luís La Puente dice a este propósito: es sospechosa la obediencia de aquel que se somete a un Superior y a otro que es inferior o menos perfecto, no quiere obedecer, del mismo modo que es sospechosa la fe de aquél que se arrodilla ante una Cruz de oro y desprecia arrodillarse ante una cruz de madera. Observen nuestros jóvenes como se obedecía en Nazaret: Jesús, infinitamente santo y perfecto, obedecía a la Virgen y a San José y no mandaba a ninguno, la Virgen mandaba al más perfecto de los tres y obedecía al menos perfecto. El que mandaba a Jesús y a María era San José, el último de la Sagrada familia en perfección y santidad.

Finalmente, obedezcan con mucha alegría, afectuosamente: “Dios ama al que da con alegría”, (2 Cor. 9,7). La obediencia, en las cosas difíciles y penosas, no puede ser alegre si no se inspira en la fe y en el amor. Es el amor que vuelve livianos y hasta deseables, los sacrificios de nuestra vocación o sea nuestra obediencia. Si yo veo a Jesús, en mis Superiores, gustoso obedeceré por amor a Él, que por mi amor ha obedecido hasta morir en una cruz: “Me ha amado y se ha entregado por mí”, (Gal. 2, 20).

26) En las Constituciones de los Padres Blancos, que son una congregación semejante a la nuestra, y cuyos miembros están unidos por un simple juramento, encuentro que se da grandísima importancia a esta virtud. Donde se habla de la formación de los novicios hay un artículo (168) que dice: “la obediencia es la virtud principal de una compañía de apóstoles, y con la exacta observancia de todas las reglas del noviciado. Estudiarán la teoría en la Carta de San Ignacio sobre la virtud de la obediencia, que se entregará en sus manos y explicará en las conferencias”.

Esta carta, que los Padres Blancos tienen en el Apéndice de sus Constituciones, es un documento de gran importancia también para nosotros. Yo lo haré publicar en el próximo número de “El Vínculo”, para que nuestros novicios en especial, y todos los miembros del Instituto, aquí y en las misiones, lo puedan leer y meditar también ellos una vez al año, especialmente en los retiros mensuales.

Y termino este punto exhortando vivamente a los lectores y Superiores de las casas a no perder nunca de vista la misión altísima, a la que están destinados nuestros jóvenes.

Con la apertura de las Escuelas Apostólicas la preparación de los aspirantes a la vida de las Misiones, ha resultado un trabajo difícil y largo, y las cosas prolongadas cansan; las metas muy lejanas se pierden fácilmente de vista. Los largos años de preparación que se necesitan para formar un Misionero, pueden hacer esperar posibles mejoras en los jóvenes que hoy prometen poco, mejoras que después no se verifican. Así los Seminarios de las Misiones que deberían recibir sólo sujetos muy seleccionados, jóvenes valerosos de alma y cuerpo, pueden convertirse en grupo de jóvenes de una virtud común y las Escuelas Apostólicas de verdaderos orfanatos. Nosotros no sigamos este camino, pero está el peligro de mandar adelante sujetos no deseables. Entonces he aquí la necesidad, si no se quiere hacer daño al Instituto y a las Misiones; de tener siempre a la vista, el altísimo final al cual están dirigidos tantos esfuerzos nuestros y hacer comprender a los jóvenes que para la vida apostólica no basta de hecho, una virtud mediocre. Por eso cuando digo que en el ejercicio de la obediencia se debe ser muy exigente y severo no me parece pedir mucho. Es en gran parte en el ejercicio de esta virtud, que se perfeccionan las almas y se disciernen las elegidas, de aquellas que no son llamadas. Mientras escribo esta Circular, recibo una carta de un venerable Misionero nuestro, de la cual me complazco transcribir una parte, para que los educadores y alumnos la lean y mediten. No se refiere particularmente a la obediencia, pero no le es extraño. “Perdóneme si me permito exponer mi pensamiento que siento muy fuertemente y que repiten también los mejores Misioneros. Con los jóvenes es necesario insistir que no basta haber entrado en el Instituto y ni siquiera partir para las Misiones: sino que es necesario probar las propias fuerzas, las propias virtudes y ver si después serán capaces de cumplir los fines de esta gran vocación. Se puede ser buenos jóvenes y no estar preparados para un trabajo, a veces, muy duro, molesto y aparentemente estéril: y cuando estas gentes van a un misionero de escaso espíritu apostólico, éste no tiene para ellos más que palabras ásperas, se libra lo más pronto de las visitas que les debe hacer, para disfrutar de la particularidad y de las pocas comodidades de su residencia. Jóvenes mal preparados terminan después arrepintiéndose de haber ido a la Misión porque no la encuentran como se la habían imaginado. Por favor, no se tenga miedo

de cansar a nuestros jóvenes, repitiéndoles que no se trata de un deporte y ni siquiera de poder pretender en la Misión las comodidades y recreaciones aún inocentes que pueden tener los sacerdotes en la patria. Así el pretexto de ser organizador, mecánico, artista, etc., no basta. Se debe tener sed de las almas, y encontrar en este trabajo el propio gusto, la plena satisfacción. Que estudien, pues los jóvenes, sus inclinaciones, que midan sus fuerzas y que no puedan nunca decir que estas cosas no se las han repetido muchas veces”. Palabras de oro que yo rubrico con las dos manos y transmito a cuantos conmigo tienen la responsabilidad de la educación de nuestros jóvenes¹.

27) Que lo piensen seriamente todos los que están encargados de la formación de los jóvenes: cerrar los ojos sobre esta materia puede agravar seriamente la conciencia. Muchas veces, hablando de alguno que en la Misión es testarudo para obedecer, o de alguna vocación fracasada, se oye decir: Se podría prever, también en el Seminario daba señales de ánimo altanero... le caen mal las observaciones... era refractario a la observancia de las cosas pequeñas... se inclinaba a las murmuraciones... y bien, cuando de algún aspirante se pueden hacer tales previsiones y, corregido no surge la enmienda y ocasiona escándalo y perturbación en la comunidad, no se demore en despedirlo. Hay algunas pérdidas que son verdaderas ganancias.

Para el que ha hecho el juramento temporáneo, la cosa no cambia: “la falta del espíritu religioso que provoque escándalo en los demás, es razón suficiente de expulsión, si no ha surtido efecto una repetida admonición con la saludable penitencia”, (Can. 647).

I. Desviaciones

28) Y ahora mis amadísimos cohermanos, quisiera tener la pluma de un santo, para exhortaros con oportunas palabras, para odiar y teneros lejos de cualquier manifestación de desobediencia y del espíritu de murmuración y de crítica a nuestros Superiores y a sus órdenes y hablo no sólo a los misioneros que están en el frente, sino a todos los miembros del Instituto, grandes y pequeños. No hay nada que

¹ Nota del P. Manna.

pueda dañar más a las Misiones y al Instituto, como la resistencia a la voluntad de los Superiores, y especialmente el espíritu de crítica y murmuración. Soldados de Dios de primera línea, debemos sentir vivamente este gran deber de la obediencia incondicionada a nuestros comandantes. Toda crítica, toda resistencia a la autoridad es obra de destrucción y debilitamiento de nuestro conjunto; es una traición a nuestra causa, a la que hemos consagrado la vida. Que no parezca dura la expresión; no de otra manera sería juzgada en el mundo militar, toda acción tendiente a debilitar la disciplina de la obediencia de un ejército que está o debe ir contra el enemigo. Y éste es un punto muy importante. Cometan una mala acción aquellos que en una misión, o en una comunidad, conocida una orden, una disposición o simplemente una intención de los Superiores perturba los ánimos mostrando sus dificultades, su inoportunidad, etc. Quien así obra se pone en lugar del Superior indebidamente, del cual no conoce las razones, siembra el espíritu de rebelión y hace un mal servicio a sus hermanos, a los cuales hace difícil la obediencia y les hace perder el mérito.

¿Qué decir, después, del que tiene el hábito de obrar así? No una sola vez, enteros Institutos fueron envueltos en las más graves convulsiones, por estas malas lenguas, con inmenso daño de las almas. Obra diabólica, que recuerda al primer instigador a la desobediencia de nuestros progenitores: “¿Por qué Dios os ha mandado no comer de ningún árbol del jardín?”, (Gén. 3, 1). Cuidémonos, sobre todo, de criticar los actos y las disposiciones de nuestros Superiores eclesiásticos. León XIII sobre esto nos amonesta así: “De ninguna manera toca a los particulares hacer encuestas sobre lo obrado por los Obispos y criticarlos. A lo más, cuando se trata de un conflicto grave se permite pasar el asunto al Romano Pontífice, pero con cautela y moderación”.

29) Veamos siempre, como ya lo he recomendado muchas veces, veamos a Dios, en la persona de nuestros Superiores, y retengamos, además, que toda falta a la obediencia, todo desprecio de la autoridad, toda murmuración contra los Superiores y sus órdenes, no se hacen al hombre, sino a Dios, en cuyo nombre ellos gobiernan: “El que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia”, (Lc. 10, 16). Murmuraron los Hebreos en el desierto contra Moisés y Aarón, pero ellos respondieron: “Vuestras murmuraciones no son contra nosotros sino contra Dios”, (Ex. 16, 8). Nadie diga aquí: “Hermosas palabras... pero también es necesario ser razonables... ¿Acaso son infalibles

nuestros Superiores? ¿No se pueden equivocar ellos también?”. Querido mío, le diré: te concedo todo: Sí, los Superiores pueden equivocarse: pero, salvo en caso en que el Superior ordene lo que es evidentemente imposible, o contrario a las leyes de Dios y de la Iglesia, o sobrepase los límites de la autoridad fijados por las Constituciones del Instituto, salvo estos casos, tú harás siempre mal en desobedecer.

Una sencilla y hermosa exhortación a mis cohermanos misioneros para que amen y practiquen la oración de la cual obtendrán toda clase de bienes. Me dirigiré después a los Superiores y Directores espirituales de nuestras Casas de formación, para que pongan el mayor empeño en la educación de los jóvenes en este santo ejercicio.

Pueda esta carta mía ser bendecida por Nuestro Señor y dar abundantes frutos de bien a mis queridos cohermanos. Léanla todos y apróvéchenla: todo lo que digo no es palabra mía, sino la expresión de los sentimientos de los santos, que he seleccionado con esmero, porque sólo los santos pueden tratar bien este tema.

J. Si fuésemos más santos – La herejía de la acción

2) Medito con frecuencia seriamente sobre el problema de la conversión de tantos millones de infieles, sobre el estado actual de los misioneros, sobre lo que se nos pide a nosotros misioneros, llamados a darnos a nosotros mismos para obtener la conversión de tantas almas, pienso en lo que en concreto se está haciendo y se obtiene, y no puedo menos que concluir: si fuéramos más santos, verdaderamente santos, quizá las cosas irían mucho mejor. Los hombres se han aumentado notablemente y trabajan como tal vez nunca lo han hecho. Pero los resultados, ¿están proporcionados a tantos esfuerzos empleados, a tanto dinero gastado, a tantas obras e iniciativas como se desarrollan hoy día en las misiones? Sin duda, mucho se obtiene; pero, ¿es todo lo que se debería obtener? Mucho se obtiene, pero por qué estamos todavía tan inmensamente lejos de la meta? ¿Por qué se trabaja siempre en los alrededores de los pueblos, y los grandes centros del paganismo poco se tocan? ¡Oh! yo pienso que el mundo sería mucho mejor, la propagación de la fe mejor organizada, si los Sacerdotes estuviesen más unidos a Jesucristo, se apoyasen menos en las propias iniciativas y actividades e hiciesen

trabajar más al Espíritu Santo con su gracia, obtenida mediante una vida de mayor oración. Es necesario que “siendo asiduos y concordes en la oración”, (Act. 1, 14), hagamos volver Pentecostés sobre cada uno de nosotros. El anónimo autor de la expresión: “Es necesario que Él reine”, hablando de los Sacerdotes en la patria, se hace la misma pregunta y llega a la misma conclusión. Resumo lo que dice en el capítulo: “La herejía de la acción”; que ofrece materia de reflexión también para nosotros. ¿Por qué, él se pregunta, tantos círculos, tantas empresas, tantas conferencias, tanta prensa, tantas “Semanas sociales”, tanta riqueza de funciones litúrgicas, no lograron hasta ahora a la vida religiosa del pueblo cristiano todo el progreso que había el derecho de esperar? Se tiene miedo de meter el dedo en la llaga, por eso se prefiere explicar el hecho redactando “memorando y órdenes del día”, con mucha frecuencia inútiles e insubstanciales... La razón de este mal, la razón esencial y verdadera, es una sola y evidente: se ha desviado el centro de gravedad. ¿No ha dicho que Jesús sólo debe ser el centro de la vida de las almas. Todas las cosas subsisten en Él?, (Col 1, 17). No es una frase, es una formulación teológica rigurosamente precisa e indiscutible. Como todo fue creado por medio del Verbo, todo igualmente, especialmente en el reino de las almas, encuentran en Él, su único fundamento, su última razón de existir y de obrar. Todo debe necesariamente descansar en Él y moverse con Él. Toda violación de esta ley no puede dejar de perturbar el orden maravilloso de la Providencia y exponernos a la esterilidad ¡y pensar que estas violaciones arbitrarias se han hecho casi habituales por muchos! Se olvida, se deja de lado tan fácilmente a Jesús... y no es necesario decir lo mucho que sufren las almas... “Llegan a suprimir la oración, para poder salvar mayor número de almas. Se socavan, con una lógica que se asemeja al delirio, los fundamentos de la vida interior, para entregarse con una actividad mayor a las así llamadas ‘imprescindibles exigencias del ministerio’, para intensificar y ordenar mejor las obras de apostolado...”. Es la vida animal pura y simple, decía San Vicente de Paul, y como corolario una fiebre de agitación alocada, que conduce muchas veces a la neurastenia... Pedid a uno de estos Sacerdotes: “¡os vendría muy bien un poquito de meditación! ¡Oh no, ni me hables, estoy cómodo, ocupadísimo. También yo lo he pensado pero ¿qué quiere? No tengo un momento libre... y falta el tiempo para lo esencial, después sobreviene el hastío de las cosas espirituales, el hábito de echar de menos al Señor, y

¿después? Y se dice tranquilamente: al fin de cuentas: “Es dejar Dios por Dios”. Enorme error: ésto es dejar Dios por el diablo. ¡Oh! el diablo no teme ciertas obras católicas a base de ruido, de confusión y de amor propio. Déjanos hacer, ayúdanos y se ríe.

Son las virtudes interiores, es la oración, que le dan fastidio. Pero, al menos ¿serán pocos los que se extravían de este modo? ¿Que son pocos? ¡Son legión!

3) Muy bien se ha dicho que estamos frente a la “herejía de la acción”. En realidad, como las especies consagradas, la actividad exterior no es nada, si se la considera sin su contenido Divino. Jesús ha mandado rezar “siempre sin cansarse” y por el contrario, no se reza nunca con la vulgar excusa de que la acción es una plegaria. Es, en cambio, la negación práctica de nuestra miseria y la exclusión sacrílega de la gracia de la vida humana... Lo peor es que estas teorías tienden a propagarse entre el clero joven y, si Dios no lo remedia, no se sabe con seguridad adonde vamos a parar.

Es un hecho innegable, todos conocemos a estas “almas consagradas”, que no saben hablar más el lenguaje de Jesús, porque sus coloquios con Él son cada vez más raros, cada vez más fríos... “vidas llenas de actividad y vacías de Dios”... El autor que habla, ¿ha tal vez, cargado las tintas? Esperemos, pero examinémonos un poco y veamos si esta “herejía de la acción” no haya, por casualidad, atravesado los mares y haya llegado también a las misiones, donde encontraría buen terreno, porque es tanto lo que hay que hacer allá, y más que en los países cristianos. No es la finalidad de mi Carta introducir este examen: cada uno lo puede hacer por su propia cuenta. Aquí con la autoridad de los verdaderos Apóstoles, me limitaré a recordar sobre qué bases se debería apoyar el verdadero celo por las almas, si se quiere hacer obra realmente seria, meritoria y eficaz en abundantes frutos.

K. El verdadero fundamento

4) Misioneros Apostólicos, esencialmente misioneros, nosotros somos, debemos ser hombres distintos, especiales, diversos de todos los otros hombres: estamos en la tierra, pero tratamos todos los días negocios del Cielo, somos hombres pero vivimos y trabajamos

sólo por los intereses de Dios; nos movemos en el tiempo, pero es a la eternidad y por la eternidad que hacemos todo: intenciones, esfuerzos y fatigas. Debemos, pues, ser hombres más celestiales que terrenos, como los que se deben mover en una atmósfera y tratar todos los negocios del Cielo, comenzando por la Santa Misa y la Sagrada Comunión que hacemos por la mañana. Pero Dios, almas, Cielo, infierno... son cosas que no se ven, no se tocan y, sin embargo, es de ellos que debemos vivir, de ellos que debemos por vocación y profesión ocuparnos toda la vida. ¿Quién nos hará ver, nos hará sentir este mundo invisible, lejano y sobrenatural, como se ve y se siente el material que nos rodea? Solo la fe, mantenida viva y encendida por la asidua práctica de la oración mental. El hombre de oración, rodeado como está de la luz sobrenatural, tiene la visión clara, como se la puede tener aquí abajo, de las cosas del Cielo: “Permaneció firme como si viese lo invisible”, (Heb. 11, 27). La oración mental: ésta es una de las bases sobre las cuales se apoya el celo del verdadero misionero. La otra base es la mortificación, pero de ella no me ocupo ahora.

Sobre estos fundamentos Jesús bendito, basó su apostolado, y es locura querer nosotros obrar de otra manera: “En realidad, ninguno puede poner otro fundamento distinto del que hay”, (1 Cor 3, 11). A propósito de la oración, el precioso folleto “Monita ad Missionarios” tienen estas incisivas palabras: “El misionero, siendo simple instrumento de Dios, no puede hacer nada si no está unido a su Motor, con la ayuda de la plegaria, de Él le viene el movimiento para obrar ¿cómo, en efecto, podrá realizar el significado de su nombre de enviado, si no sabe escuchar la voz de Aquel que lo envía? ¿Cómo podrá llevar a la práctica los designios de Dios, si no es capaz de buscarlos en la oración? ¿Cómo ejercerá su papel de mediador entre Dios y los hombres, si ignora el modo de reconciliar, con la plegaria, las criaturas con el Creador? ¿Cómo podrá alimentar a su pueblo, si no bebe la leche pura de la divina Sabiduría en la surgente de la contemplación?

Por consiguiente, para un misionero, es indispensable el ejercicio asiduo de la oración: sin ella, “él como misionero se cree vivo y en vez, está muerto”, (Ap. 3, 1).

L. La palabra que convierte

5) ¿Por qué la palabra muchas veces simple y desordenada de los misioneros santos convierte las almas, las conmueve y las santifica? ¿Por qué, por el contrario, muchas otras palabras de Dios quedan infructuosas y hacen perder el tiempo? La razón es que éstas, no habiendo sido extraídas del Cielo en el fervor de una íntima unión con Dios, no tienen la gracia de penetrar en el corazón de los oyentes, porque no ha penetrado en el corazón de los predicadores. Los santos misioneros consiguen fruto de almas, porque se entregan a la oración y su palabra tiene la fecundidad, la virtud de la palabra de Dios. Antes de hablar de Dios a los hombres, el buen misionero, en su oración habla de los hombres a Dios, y dice a los hombres lo que ha oído y recibido de Dios: “Yo digo al mundo lo que he oído de Él”, (Jn 8, 26) Así han hecho todos aquellos grandes misioneros que salvaron muchas almas.

Amados cohermanos, nos lamentamos con frecuencia, que no estamos satisfechos de nuestras cristiandades, lamentamos la dureza de corazón, la indiferencia de los infieles, ¿y no tendremos nosotros mismos la culpa de eso, por no tener suficiente familiaridad con Dios en la oración? ¿De qué admirarse si los hombres no nos escuchan, si nosotros no sabemos escuchar a Dios, y nos aburrirnos de su compañía en la oración y no estamos una hora junto al Sagrario? El fruto del que escucha, dice el P. Lallemant, depende principalmente de la virtud del predicador y de su intimidad con Dios, el cual puede comunicarle en un cuarto de hora de oración, mayor número de pensamientos más aptos a conmover los corazones que él no encontraría en su año de estudio”.

Nosotros nos olvidamos con mucha frecuencia nuestra pobreza e insuficiencia natural e innata, en el divino ministerio de las almas. Pobres misioneros, ¡cuánto se cansan inútilmente, cuánto se lamentan en vano, si no somos hombres de oración! Nosotros podemos predicar a las orejas del hombre, nosotros hablamos a lo de afuera, dice San Agustín, pero Él abre el entendimiento, Él mueve, Él edifica. Para que nuestra predicación logre mover los corazones, es necesario que sea verdaderamente divina, a saber, sugerida por el Espíritu Santo, del cual debemos estar llenos; y se recibe al Espíritu Santo especialmente durante la oración. San Juan de la Cruz decía de

los predicadores de entonces, estas graves palabras, que se aplican también perfectamente a los misioneros, los cuales aman más la acción que la oración: “Los hombres devorados por la fiebre de la actividad, que creen dar vuelta el mundo con sus sermones y otras obras exteriores, reflexionen un momento y comprenderán... que sería mucho más provechoso a la Iglesia y queridas por Dios... si dedicaran la mitad de su tiempo a la oración... sin la oración todo termina en un fracaso total... se hace poco más que nada, y muchas veces, nada del todo y también del mal”, (Cántico espiritual).

M. El poder sobre los corazones

6) Nuestra tarea de salvadores de almas, no es tanto el de ilustrar las inteligencias como el mover los corazones, someterlos, convencerlos, ganarlos y conquistarlos para Dios. Ahora se comprende la inmensa dificultad de la obra. Por otra parte, si no conseguimos ésto, ¿para qué somos misioneros? Someter los corazones a Dios... ¡qué divina misión! Un tema muy impresionante para mi meditación es precisamente este: Cuánta dificultad encuentra el Señor de llegar a ser el dueño absoluto del corazón del hombre. Todos nosotros, sin pensar en los pecadores y en los infieles, podemos recordar la propia vida... ¡y qué hubiéramos logrado, al menos hoy, al poner nuestro corazón todo entero a los pies de Jesús! ¿Por qué el Señor no nos priva de esta fatal facultad nuestra de poder resistir aquí abajo a su Omnipotencia? Ahora, amados cohermanos, no tendremos el poder de mover el Corazón de Dios y de mover los corazones de los hombres, si no somos hombres de mucha oración. Aquí está todo el secreto. Es ésto lo que ha hecho poderosos a los grandes hombres apostólicos, a los grandes misioneros.

Monseñor Marinoni, en la hermosa novena a San Francisco Javier, dice que “la oración debe ser la llama del corazón del misionero: con la oración él aplaca a Dios airado con los hombres; con ella mueve a los hombres endurecidos a volverse a Dios. La oración fue el arma omnipotente con la que Javier convirtió tanta gente depravada, tantos pobres infieles. Es de la oración mental, de donde saca el misionero aquel fervoroso celo, aquellos generosos ímpetus, aquella divina unción, que no pueden dar ni la elocuencia ni el estudio

y les hicieron tener tanto dominio sobre los corazones para llevarlos a Dios, y Dios, que habla por la boca del misionero que reza, como hablaba por la boca de San Pablo “como si Dios exhortase por medio de nosotros”, (2 Cor. 5, 20). San Vicente de Paul, San Felipe Neri, el Santo Cura de Ars y mil más, sin pretensión de gran elocuencia, pero inspirados en la meditación de las cosas celestiales, fueron tan poderosos en ganar corazones para Dios, que no los ha igualado ningún orador famoso.

7) El Apóstol, que es hombre de oración, tiene también poder sobre el corazón de Dios, si es hombre de mucha oración, puede llegar a tal poder que haga su oración casi infalible, cuando trata con Dios de la salvación de las almas. El ejemplo es conocido: Dios quiere castigar las iniquidades de su pueblo... Moisés ruega, insiste... El Señor enojado no lo escucha. Moisés sigue insistiendo... y Dios, entonces, pide a Moisés que no insista, que lo deje hacer, porque la medida está colmada: “Ahora deja que mi ira se encienda contra ellos”, (Ex. 32, 10); pero Moisés, no cede..., “o tú perdona o bórrame de tu libro”. Y ¡oh! omnipotencia de la oración, exclama San Jerónimo, ¡Dios es vencido por la oración de su siervo! Gran ejemplo para nosotros Misioneros, cuando queremos obtener la gracia de la conversión de las almas. Muchas veces se reza, sí pero qué fríamente, o con qué poca fe... y por eso no se obtiene... y se dice ¡yo cumplí con mi deber... y se queda satisfecho!

El misionero que reza, en su cualidad de misionero, no es un simple privado, no es un humilde súbdito del Señor. Es Sacerdote, es ministro y mediador autorizado. Está revestido de gran dignidad y poder; ha recibido una Misión, la Misión, justamente, de salvar las almas.

Hay una gran diferencia entre la súplica de un humilde súbdito y la exposición que hace un ministro del rey, el cual, más que pedir, trata y expone las razones en interés mismo del Soberano. El Beato Cafasso tiene este pensamiento: ¡Ah! ¡Si un sacerdote estuviese convencido de su condición y armado de esta fe, cuando va a rezar! Señor, diría, Tú me conoces, yo soy tu Ministro, soy precisamente aquel, a quien has querido encargar la Misión de representarte en la tierra, de salvar las almas, de impedir los pecados: ahora estoy aquí, delante de ti, justamente para tratar de estos negocios... Ahora, decidme vosotros, si Dios quiere mandar con las manos vacías a un

Ministro suyo que le habla de este modo y por los intereses que Dios mismo le ha encargado y goza y quiere que en ellos tenga éxito.

N. **Misioneros y misioneros** ²

8) ¡Oh, cuánta diferencia entre misioneros y misioneros! Se conoce al hombre de oración de aquel que no lo es, en el hablar, en las opiniones, en el modo de comportarse. En el primero se ve generalmente más ponderación en las palabras y en los juicios, más caridad, más firmeza en los propósitos y sobre todo una decidida y fácil orientación hacia Dios, en todas las acciones y circunstancias de la vida. La diferencia consiste en la oración. El hombre de oración vive y respira en una atmósfera de fe. Todas las cosas de acá abajo las considera y estima con criterios sobrenaturales y por motivos sobrenaturales es también movido en todas sus acciones. El misionero, hombre de oración tiene un modo particular suyo de juzgar las fatigas y esfuerzos del apostolado, el fruto, mayor o menor de las obras, la vida y la muerte; ve más con el ojo del alma que con el ojo del cuerpo y no se deja deprimir y entusiasmar fácilmente de todo lo que, aún en nuestra actividad, hace mucho ruido y tiene necesidad de apoyarse en los bastones de la industria humana, muy calculador y amante de las alabanzas y la aprobación de los hombres.

9) El misionero que no reza ni tiene intimidad con Dios, se mueve, trabaja tal vez mucho, porque dotado de buenas cualidades naturales y de carácter emprendedor, ama la acción; pero confía demasiado exclusivamente en su actividad, en su habilidad, en su inteligencia, en su política; y muchas veces sucede que por sus actividades y sus obras, lamentablemente se cumple el dicho de la Imitación: “Todo lo que no viene de Dios, perecerá”, (L. III c. 32, v.1). Se trabaja sí, muchas veces con el fin bueno de salvar las almas, de establecer cristiandades; pero por falta de espíritu de fe, no mantenido vivo por la oración, se realizan los ministerios, las obras del apostolado, como se realizan los negocios terrenos con modos de ver y métodos exclusivamente humanos: si nos apoyamos demasiado en

² Conferencia al Clero.

los medios terrenos y en la propia habilidad y energía. En tal estado de ánimo, no se ve ni siquiera la necesidad de la oración, y se puede llegar, como Marta, a lamentarse y criticar al cohermano, al cual le agrada, como es su deber, el primer lugar en sus ocupaciones cotidianas a la oración y demás prácticas de la piedad sacerdotal. Y ya que he citado el episodio evangélico de Marta, quiero hacer otra reflexión: generalmente se dice que Marta representa la vida activa y María, la contemplativa. A la queja de Marta, Jesús dice: “Marta, Marta, tú te preocupas y te agitas por muchas cosas, pero una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada”, (Lc 10, 41). Ésto que es necesario es la contemplación, que es llamada también la parte mejor. Si la contemplación es necesaria y es la parte mejor, ¿cómo pueden dispensarse de ella los misioneros? ¡Pero, nosotros, se dirá, hemos abrazado la vida activa...! Yo os digo que no. Nosotros hemos abrazado el apostolado, que es la vida completa y verdaderamente perfecta, porque es la vida que llevó en la tierra el Hijo de Dios. La vida puramente activa no existe. María eligió la parte mejor: nosotros hemos elegido el total, que contiene, debe contener principalmente y necesariamente la parte mejor, que es la oración. El misionero es María en la contemplación y es Marta en la actividad. El misionero que quisiera hacer sólo la parte de Marta, es reprobado por Nuestro Señor, no es bendecido y no llega a nada.

O. Dinero y milagros

10) Se dice y a fuerza de repetirlo, hoy todos lo creen un poco, que no se hace más, porque faltan los recursos. Con más dinero ¡vaya a saber lo que se haría! Estoy tentado de decir que a la herejía de la acción, tendríamos que agregar también la herejía del dinero.

Quisiera saber cuando Nuestro Señor, los santos Apóstoles, todos los hombres verdaderamente apostólicos, hayan dado al dinero la preponderancia que hoy algunos dan al dinero, ¡hasta hacerlo un medio indispensable del apostolado y casi una condición “sine qua non” (necesaria) para convertir las almas! Se oye decir quizás, que los Apóstoles tenían el don de los milagros, y hoy ya no se hacen milagros. Yo digo en cambio que los Apóstoles y todos los hombres verdaderamente apostólicos rezaban mucho; han tenido y tienen, aún

hoy, la gracia del Espíritu Santo, y tanto más abundante cuanto más se dedicaban a la Oración. Ésta es la gracia que convierte las almas. Después, en cuanto a los milagros, no es que se haya pasado el tiempo de ellos: son los hombres capaces de obtenerlos los que son muy escasos. El Cotelengo y Don Bosco son de hoy, y han hecho milagros, porque rezaban mucho y eran santos. No es, por consiguiente, que el brazo de Dios se ha acortado; es nuestra fe que ha disminuido. El Evangelio conserva intacta toda su virtud y sólo tiene necesidad de santos que lo cumplan a la letra, como hizo San Francisco de Asís y muchos otros. A este propósito, San Ambrosio, comentando los preceptos de desapego dados por Nuestro Señor a sus misioneros (Lc. 10) dice: Cristo, con los preceptos evangélicos, indica como debe ser quien anuncia el Evangelio del Reino de Dios; sin bastón, sin mochila, sin sandalias, sin pan, sin dinero, o sea que no requiere apoyos humanos, sino que seguro de su propia fe retiene que cuanto menos los busque, más le van a bastar. Por otra parte Nuestro Señor dijo que todo lo que se necesite, aunque sea material, para el apóstol y el apostolado, se le dará por añadidura, con tal que se busque más el Reino de Dios.

El misionero dedicado a la oración obliga al Espíritu Santo a obrar, y entonces se hace el trabajo de verdaderas conversiones y se crean sólidas cristiandades. El misionero que ha adquirido el hábito de la oración y que también debe y quiere trabajar, se entrega enteramente al recurso de los bienes materiales: también construye Iglesias, abre escuelas y hasta conquista gente para la fe, pero ¡qué diferencia de movimiento y, sobre todo qué diferencia de cristianos! El primero santifica también los subsidios materiales que emplea en las obras, con las virtudes, con la fe, con el celo por los que trabaja y anima a sus convertidos; el otro construye también, pero su trabajo está hecho sobre la arena, sus cristianos son indiferentes y lo siguen, mientras lo consideran pudiente para ayudarlos a ellos. Si alguna vez ocurre una enfermedad, un desacuerdo con los Superiores y el misionero debe dejar el puesto, quien lo sustituye recibe muy pobre herencia.

P. Oración y conversiones

12) ¡Oh! Yo veo una relación muy íntima entre el espíritu de oración de un misionero y la clase de cristianos que él produce. ¿Nuestros neófitos y los infieles que nos rodean ven irradiar de nosotros, ven en nosotros al enviado de Dios, al hombre de Dios, al Sacerdote, o no, más bien al europeo, al hombre capaz, instruido, al hombre influyente para con la autoridad, al hombre que tiene dinero? ¿Las gentes se acercan a nosotros atraídos por nuestra espiritualidad, fruto de una vida de oración, o más bien por la esperanza de ventajas totalmente temporales y terrenas? ¿Qué es lo que más resalta en nosotros y nos distingue de los otros europeos a los ojos de los budistas, de los hindúes y de los mahometanos? ¿No verán en nosotros simplemente a los ministros de religión de los occidentales, que están abocados al progreso, a los negocios y al dinero? Sería así si no vieran ninguna señal de vida interior, porque poco o nada unidos a Dios por la oración, nos verían sólo ocupados en lo exterior y tan distintos de sus sacerdotes, de sus bonzos, que aunque paganos, tienden naturalmente a la soledad y al ascetismo. ¡Oh! El misionero que verdaderamente es hombre de oración, sólo él puede presentarse a las gentes como un mensajero de Dios, como el que tiene una misión especial para ellos. Él, como San Juan Bautista, puede presentarse a la muchedumbre y clamar: “Arrepentíos y haceos bautizar todos en el nombre de Jesucristo, para el perdón de vuestros pecados; después recibiréis el don del Espíritu Santo”, (Act. 2, 38). San Juan salía de la contemplación en el desierto, y San Pedro de la del Cenáculo.

13) El misionero, inflamado en la oración por el fuego del Espíritu Santo, “convierte verdaderamente las almas” hace verdaderos cristianos; los cuales, encendidos en el mismo fuego, llegan a ser, a su vez, también ellos, apóstoles de la fe abrazada entre sus propios compatriotas. Así se propagaba la fe al principio... y así, y no de otra manera, se podrá efectuar también hoy la verdadera y espontánea difusión del Cristianismo. Cuando el misionero, todo de Dios, unido a la Vida, comunica la Vida; cuando no es para las almas el extranjero, sino el apóstol, y hace apóstol a cada uno de sus convertidos. Faltando este espíritu de oración, como he dicho y repetido, el misionero hará conversiones, fundará cristiandades, pero serán cristiandades mantenidas en pie por nuestros recursos; sin virtud intrínseca de vida y de expansión. Y éste es un punto de capital importancia, sobre el que pido la atención de mis cohermanos: ¿No es cierto que muchas veces los neófitos de las misiones, no tienen celo y están persuadidos que la

máquina para hacer cristianos está en las manos del administrador de las misiones? “Al principio no fue así”, (Act. 19, 8). Es así como la fe se difunde hasta donde llega el brazo del hombre, o sea, no muy lejos. ¿Cómo puede llegar lejos? Con el brazo de Dios, que sólo puede llegar lejos; pero para que Dios nos preste su brazo, es necesario estarle y vivir estrechamente unidos a Él. “El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada”, (Jn 15, 5).

Q. Para nuestra santificación

14) Hasta ahora hemos considerado el ejercicio de la oración como medio indispensable a nuestro misionero para que su apostolado sea fructuoso y pueda santificar las almas; me parece ya obligado decir una palabra, sobre el mismo tema de la oración mental, considerándola como medio de nuestra propia y personal santificación.

San Juan Crisóstomo dice: “Cuando veo alguno que no tiene amor por la oración, ni se preocupa de hacerla con fervor, para mí es evidente que no posee ninguna buena cualidad. El que no reza a Dios y no desea tener un constante coloquio con Él, está muerto, o está privado de la salud mental, más aún, es la prueba más evidente de locura no tener amor por la oración”. Son verdaderamente graves estas afirmaciones del gran doctor, y si hubieran salido de otra pluma, se habrían podido decir que eran exageradas. Pero no son exageradas, si las meditamos bien. Si no amamos y practicamos la oración mental, no tenemos nada de bueno, nos dice el santo, y ésto es muy verdadero, por la simple razón de que sin oración, no hay unión con Dios y sin unión con Dios, no hay estabilidad en el bien. Ahora, lo que caracteriza a todos los santos del cielo y de la tierra, son precisamente estas dos grandes prerrogativas: la unión con Dios y la estabilidad en la virtud.

15) En cambio, ¿qué es lo que nos perjudica y nos mantiene tan alejados de la perfección que requiere nuestro estado? Nuestra inconstancia en la práctica del bien; somos eternos principiantes. ¿Tan fácilmente y con mucha frecuencia nos dejamos deprimir por las dificultades que se encuentran en el camino de la virtud, de las tentaciones del demonio y de las seducciones que nos rodean por todas partes? La práctica de la oración, pues, la vida de oración, he aquí el

secreto de nuestra santificación. La vida de oración nos hace estar unidos a Dios, y Dios nos hace partícipes de su inmutabilidad, dándonos la constancia y la fidelidad en el camino del bien. Sin la meditación, sin la oración no puede haber, por lo tanto, nada verdaderamente bueno en nosotros, y nos lo confirma el Card. Bona: “Sin el ejercicio de la meditación, ninguno, a no ser por un milagro de Dios, llega a la perfección... más aún, difícilmente hará algún bien”. Un día, con toda la generosidad de que una criatura es capaz, nos consagramos a Dios. Cuando entramos en el estado clerical, cuando abrazamos la vida misionera, en la recepción de distintas Órdenes sagradas, cuando emitimos nuestro juramento, cuando efectivamente dejamos todo y a todos para ir a llevar a Dios a las almas, nosotros no hacemos sino renovar, hacer cada vez más perfecta, absoluta y total nuestra consagración a Dios. Cada uno de nosotros puede decir, en verdad, al Señor: “Yo ofrezco espontáneamente todas estas cosas con sincero corazón”. Ahora bien, no hay duda de que nuestra santificación depende de mantenernos constantemente en las disposiciones de nuestra gran oblación y que no tenemos que reclamar lo que un día hemos ofrecido con tanta generosidad. Pero ¿cómo mantenernos en esta disposición “todos los días de nuestra vida”, sin el ejercicio de la oración? ¿No conocemos todavía bastante nuestra debilidad y nuestra inconstancia?

16) Es la oración mental lo que nos mantiene en aquella luz sobrenatural que resplandeció en nuestra mente y dio vigor a nuestra voluntad en los días de las grandes renunciaciones. Cuando esta luz se eclipsó, sucedió que claudicamos en nuestra carrera; cuando viviendo aún físicamente en las Misiones, no hemos vivido como santos misioneros y hemos perdido la noción de la verdadera virtud y del sacrificio. Para vivir siempre a la altura de nuestra vocación, o sea, como santos; para poder perseverar en el camino de la virtud, en una vida de tanta abnegación y sentir amor y gozo en los sacrificios que el apostolado nos impone, es necesario “indispensablemente” que vivamos una vida de santa unión con Dios, manteniéndonos fieles a nuestra diaria meditación. Alguna vez he oído decir: ¿Pero no basta decir bien la Misa, recitar bien el Oficio Divino? Bastaría sí, decir bien la Misa y rezar bien el Breviario. Pero la cuestión está precisamente aquí, si no hacemos una vida de oración, muy difícilmente podemos celebrar santamente y estar recogidos y devotos en la recitación del Oficio Divino. El hecho es y todos lo hemos experimentado, que

celebra santamente el que viene de haber hecho una buena meditación y fácilmente se recoge en el Oficio Divino el que está habituado a la oración mental. El que ésto descuida pasa también por alto la Misa, el Oficio Divino y todas las demás prácticas de piedad. Mas puede haber algo peor. ¿Cuál es el origen de ciertas caídas, de ciertas vidas inconclusas también entre las personas consagradas a Dios? La irreflexión y la disipación. En la meditación el hombre contrae el hábito del recogimiento, que lo preserva de la fascinación de las criaturas y de los sentidos y por lo tanto, del pecado. Por eso, San Alfonso, el gran psicólogo, en el apéndice de su moral escribía estas dos sentencias que tienen estrecha relación: meditación y pecado mortal no pueden estar juntos. La meditación para el sacerdote es moralmente necesaria y antes de él, había visto esta verdad el Salmista: “Si no hubiera meditado tu ley, tal vez hubiera perecido en mi vileza”, (118, 92), “Los caminos del pecador, siempre están viciados. No tiene presente a Dios” (10, 5).

17) Santa Teresa de Ávila, que San Alfonso llama “gran modelo de oración mental, prorrumpo en esta fuerte expresión: “El que deja la oración mental, no tiene necesidad de demonios que lo lleven al infierno, se va él solo”. Y al infierno pueden ir también los misioneros, si descuidan habitualmente la oración. El Misionero sin oración carece de luces y camina en las tinieblas, está sin fervor, sin celo, sin amor y temor de Dios. ¿No es éste el camino al precipicio? He aquí, además, por qué los santos ponían la oración en la cumbre de todos las demás deberes y sin ella, no podían vivir. Suárez la estimaba mucho más que su ciencia, y solía decir: “Preferiría perder toda mi ciencia, más bien que una hora de oración mental”.

Dediquémonos, por consiguiente, amados cohermanos, con mayor empeño a la práctica de la oración y veremos crecer en nosotros sensiblemente el amor de Dios y el deseo de hacer siempre su santa voluntad, sentiremos encenderse naturalmente en el corazón el celo por las almas, la Santa Misa y la Santísima Eucaristía vendrán a ser nuestro paraíso acá abajo y el mundo con sus ruidos y sus vanidades nos causará fastidio y disgusto. San Alfonso, exhortando a sus misioneros, decía: “¡Ah! Si meditásemos bien a los pies de la Cruz, obedeceríamos más perfectamente, haríamos las misiones con más celo y sufriríamos con mayor resignación! ¡Oh, cuántos preciosos frutos se recogen del fiel ejercicio de la oración!

21) Un consejo a los misioneros jóvenes. Una palabra muy especial dirijo a los misioneros jóvenes, que suelen llegar a su lugar destinado, con todo el fervor y el entusiasmo de su juventud y del ideal alcanzado. ¡Oh! qué peligro tienen de dejarse envolver por este ardor, muchas veces demasiado natural y humano, que puede arrojarlos en un estado de disipación, acrecentado y nutrido por tantas novedades de lugares y de cosas. Nuestro misionero en estas circunstancias más que nadie tiene necesidad de desarrollar su vida interior y por tanto la oración, que es su principal sostén a ejemplo de Nuestro Señor, el cual llegado al comienzo de su vida pública y de emprender de inmediato sus divinos ministerios, aunque estuviese lleno del espíritu Santo (Lc. 4, 1), y fuese proclamado por su Padre, su Hijo amado, sin embargo, se retiró a un lugar desierto, donde durante cuarenta días se ejercitó en el ayuno y la más alta contemplación. ¡Que lección amados cohermanos! Habían ya transcurrido treinta años de vida oculta que fueron igualmente de preparación, había todo un mundo que esperaba desde siglos la luz de su palabra, y Él se retira todavía para prepararse con la oración! Queridos jóvenes, importa muchísimo empezar bien. ¡Ay, si dejado el Seminario, no obligados ya por el horario, os descuidáis sobre este punto de la oración mental o también por una indiferencia de conducta guiándoos por el capricho, con respecto al modo de hacer vuestra meditación y al tiempo que le dedicáis. En los ejercicios espirituales que preceden al Sacerdocio y a la partida, decidid primero antes de cualquier otra cosa, cuál deberá ser vuestra vida de oración cuando seáis misioneros. Y sed concretos: decidid cuándo hacéis vuestra oración, cuánto tiempo le dedicáis, cómo haréis, con respecto a este punto, durante los viajes y el tiempo que debéis dedicar al estudio de las leguas. Es en este tiempo en estos años después de vuestro sacerdocio cuando estáis más libres de otras ocupaciones, que debéis establecer la ley y hábito de la oración, que deberá ser nuestra defensa, nuestro alimento y la fuente de las más puras alegrías de nuestra vida. ¡Cómo se reza bien en los primeros años de misión, cuando el mundo infiel que nos rodea nos da tan penosa impresión e inflama tanto nuestro celo, y nos hace sentir también tan pequeños!... Entonces, cuando se está también más libre, es el tiempo también de familiarizarnos con el ejercicio de la oración. En el citado "...Ad Misionarios" se insiste mucho sobre este punto de la preparación inmediata a la vida del santo ministerio con el mayor ejercicio de la oración: "En cuanto el Misionero pise en la misión que

le ha sido designada, tendrá premura de dirigir su mirada a Cristo, pastor de todos, para recibir su bendición, y si las circunstancias lo permiten, se retirará en silencio para proveerse de lo que necesita para consagrar a Cristo las almas que le han sido confiadas y para ofrecerse sin reserva para su instrucción”.

R. A nuestros alumnos

22) Y ahora, a nuestros queridos alumnos. La ciencia en la cual principalmente nuestros alumnos deben estar bien adiestrados, el arte en el cual deben estar bien ejercitados, antes de salir al mundo, son las ciencias y el arte de la oración. Mandar al mundo jóvenes que no tienen intimidad con la oración mental, es como mandar a la guerra soldados sin defensa, es entregarlos y exponerlos a una segura derrota. El fin de nuestros Seminarios es la formación de santos misioneros: es necesario, por lo tanto, que los jóvenes sean ejercitados en las virtudes interiores y sobre todo en el amor y la práctica de la oración, que es la fuente y la vida de estas virtudes. San Carlos Borromeo, que es maestro en la materia, nos asegura que sería completamente inútil la permanencia de jóvenes en el Seminario, si saliesen sin haber aprendido el arte de la oración y la práctica de meditar. Escuchen los Superiores y especialmente los directores espirituales las palabras del santo: “En lo que se refiere a la oración y el modo de rezar (el Superior) estudie diligentemente el modo como podrá ayudar a los clérigos del Seminario; harán muy pocos progresos en la vida del espíritu y se privarán de grandes frutos, si no rezan o si rezan sin un buen método. Por lo cual, recuérdelos con frecuencia que se recogen grandes y abundantes frutos de la oración, especialmente mental; y se esfuercen en inflamarlos de toda forma, en la práctica y en el amor a ella”.

23) El P. Olier, fundador de los grandes Seminarios de Francia, daba la mayor importancia a este punto de la formación espiritual de los seminaristas y estableció para los suyos una hora de meditación todas las mañanas. En una Memoria suya en la que trata de la fundación de los Seminarios publicada en 1651, tiene estas sabias palabras: “Puesto que el Seminario es el lugar donde se arrojan las semillas del espíritu eclesiástico, los directores, ‘que deben ser

hombres de oración’, deben considerar su primer y principal cuidado el hacer de los jóvenes, otros tantos hombres interiores, como pueden serlo a su edad mostrándoles la importancia de hacer las cosas en unión de espíritu con Nuestro Señor, sin lo cual ni las obras cristianas ni los trabajos del ministerio pueden agradar a Dios, ni producir algún fruto en la Iglesia. ¿Y a qué servirán las Misas, el Oficio Divino, las ceremonias, el canto y todo lo que con gran esmero se enseña en el Seminario, si el espíritu y la vida de oración no anima todas estas cosas? La bendición de nuestros trabajos y toda la santidad de nuestras obras dependen únicamente de la vida interior. Olier ha sido uno de los más grandes apóstoles de la oración mental y el método de oración de su Congregación de San Sulpicio, ha llegado a ser uno de los más célebres en la Iglesia. La característica general de este método es de ser afectivo, de poner en segundo lugar los actos de la imaginación y del razonamiento y de insistir más en la adoración, la petición, la unión con las virtudes de Nuestro Señor, la resolución y la colaboración con la gracia. Él sostenía que este método convenía mejor a los clérigos y a los sacerdotes que ya conocen las cosas divinas y tienen más necesidad de ejercitar la voluntad y llevarla a la práctica de la vida sacerdotal, más que la inteligencia. “La oración mental, decía él, es el suplemento de la Eucaristía: Nuestro Señor nos ha dado la una y la otra para unirnos a Él. En la oración recibimos los mismos bienes de la Comunión, aunque en otra medida; en la oración como en la Eucaristía adoramos a Jesús presente; en la oración Jesús alimenta el alma y la fortalece, se une a ella, la hace semejante a Él, le infunde el disgusto de las cosas groseras de la tierra. La llena de amor por las del cielo y la hace terrible al demonio”.

24) El P. Ávila decía que no está hecho para el sacerdocio, y yo digo, mucho menos para las misiones, el que no tiene espíritu de oración. Y San Gregorio, como lo refiere Chaignon, tiembla por aquellos Obispos que admiten al sacerdocio a jóvenes que no tienen amor por la oración y la practican y que en todo se fían más que de la oración que de la propia actividad y trabajo”. San Carlos, también antes de ordenar a un sacerdote, quería que fuese seriamente examinado sobre esto: “Si sabía y entendía cuál es el modo de orar, de cuántas y cuáles partes está compuesta; qué reglas y demás cosas del tema”. Por eso la Santa Iglesia también en su legislación ha sancionado la obligación de la oración mental, no solo para los

religiosos y sacerdotes (Can. 105-125), sino también para los simples seminaristas (Can. 1367).

25) En su célebre Exhortación al Clero, escribía el Santo Pontífice Pío X: “El sacerdote vive diariamente como ‘en medio de una nación perversa’, en medio del mundo pagano, donde el peligro y las ocasiones de quedar cubierto por el polvo humano son mucho mayores. Es necesario, por consiguiente, no enviarlos a este mundo, sino bien adiestrados en la práctica de la oración; el arma con la cual solamente podrán vencer toda asechanza, toda batalla y conservarse limpio de toda mancha: ‘Las armas del sacerdote son la oración y las lágrimas’”. En el Seminario, pues, nuestros alumnos deben contraer el hábito, la conveniencia y la necesidad de la oración mental. El asunto no es fácil, porque la quietud, la soledad que la oración necesita no se conforma mucho con el estado de la juventud. Ellos saben que la vida está en el movimiento, e ingenuamente piensan que la acción es sólo la que se manifiesta al exterior. La meditación fácilmente aburre, cuando no se comprende su necesidad, cuando no se pone empeño en ella. Jesús con su larga soledad de Nazaret, los desengaña y le hace ver que no hay nada más activo que el meditar, poner el pensamiento en las cosas de Dios, junto al cual está la única, la verdadera fuente de la vida y de la luz, (Sal. 35, 10). En las íntimas comunicaciones con Dios, fuente de Vida y de Luz, el apóstol toma fuerza y vigor para su actividad exterior: es allí también, y sólo allí, que el joven aspirante a las misiones prueba, madura y refuerza su vocación. Porque no es verdadera la vocación que no ha sido inspirada y madurada por Dios en la intimidad de la oración.

26) ¿Por qué amados jóvenes, queréis haceros misioneros? ¿Qué os mueve? ¿Qué os atrae? No os engaños, si vuestro propósito no es resultado de un gran espíritu de fe y de un mayor amor a Dios, no os toméis la molestia de atravesar el mar. Es meditando sobre la inmensa grandeza de Dios, nuestro Padre y sus derechos que tiene a la adoración y al servicio de todos los hombres; es meditando sobre la inmensa caridad que por salvar al mundo no ha dudado en dar a su Unigénito; es llorando sobre las llagas del Señor crucificado, sobre la suerte reservada a los pobres infieles, por las cuales, tanta sangre también se derramó... es ensimismándose en estas verdades durante la oración, que brotan y se fortalecen los grandes propósitos, y entonces se comprende las separaciones y los sacrificios que ahora y después impone la vocación misionera. Nadie se sacrifica

voluntariamente, si no tiene en el corazón mucha fe y gran amor. Es por la fe, por las profundas convicciones, por grande y generoso amor que se han realizado los heroísmos de la Cruz. Ahora, para tenerla, para acrecentar esta fe, es necesario acercarse a Dios mediante la oración.

“Acercaos a Él y seréis iluminados”, (Sal 33, 6). Para inflamarse de este amor, es necesario ejercitarse en la oración: “Durante mi meditación se enciende el fuego”, (Sal. 38, 4). Vuestra vocación, queridos jóvenes es grande, es sublime, es divina; ninguna otra la supera en nobleza, en santidad, en méritos; se iguala a la obra de Jesús, con la misión de la Iglesia. Pero vosotros sois pequeños y pobres, pero aunque fuerais lo mejor de la humanidad, por la inteligencia, la elocuencia y por el valor; si fuerais mañana admiración del mundo por vuestras hazañas grandísimas y heroicas, de nada serviría todo ésto, si nuestro trabajo no se hace en unión con Jesús, movidos e inspirados por Él, porque “sin Jesús no podéis hacer nada”, (Jn. 15, 5) en orden al apostolado y a la vida eterna.

Ahora bien, esta unión con Jesús, que da valor y eficacia al verdadero apostolado es totalmente interior, es fruto de la oración. Sólo cuando, especialmente mediante la práctica de la oración, la vida del apóstol transcurre “escondida con Cristo en Dios”, (Col. 3, 3), “sólo cuando en el corazón del misionero reina soberano Jesucristo”, entonces él resplandecerá fructuosamente al exterior por la acción y las obras de un santo apostolado, porque, tenedlo por absoluta verdad: “la actividad exterior que no se une a la vida interior es inútil y vana, cuando no perjudicial”. ¡Ésto ya fue dicho, pero es conveniente repetirlo!

S. El carisma de nuestra publicidad

6) Preservémonos del modernismo en cualquier manifestación de publicidad en Italia. Hay que hacer propaganda, pero seria, decorosa, verídica, en perfecto estilo con la vida de nuestros misioneros. ¿Cómo debe ser nuestra prensa? Antes se leían los humildes y tradicionales fascículos de la Propagación de la Fe, escritos muchas veces con la sangre y las lágrimas de los Misioneros: hoy la gente prefiere ver las hermosas viñetas y lujosas

encuadernaciones, y leer las narraciones más o menos imaginarias, ¡como si el Crucifijo no tuviera ya nada que decir con el inmenso drama del apostolado, que se desarrolla en tantas partes del mundo, el destino peligroso de tantos millones de almas a ganar para Jesucristo, y que reclaman nuestra más urgente cooperación, no tengan ya que interesar de suyo a los fieles! Los viejos boletines misionales, a pesar de su presentación humilde y sencilla, edificaban siempre, muchas veces hacían llorar y pensar y producían heroísmos. Que siempre nuestra prensa, eco verdadero del Sagrado Corazón de Jesús, ansioso de la salvación de las almas de los pobres infieles, sea igualmente eficaz. Los buenos cristianos, las almas que imitan a Cristo no leen nuestros boletines para satisfacer su vana curiosidad, sino para vivir la vida del apostolado y participar en ella del mejor modo que a ellos les es permitido.

7) El fin principal de nuestra propaganda, tanto escrita como oral debe ser: despertar vocaciones. Las vocaciones misioneras constituyen el más precioso don que Dios puede hacer a las almas de su predilección, y por ellas a los pobres infieles, al Instituto que las acoge, de la Iglesia que algún día lograrán extender sus límites. Son los apóstoles y sólo los apóstoles, el elemento verdaderamente indispensable para la salvación de los infieles: “La fe depende de la predicación y la predicación a su vez se realiza por la palabra de Cristo... pero ¿cómo podrán sentir hablar sin uno que lo envíe? ¿Y cómo lo anunciarán sin ser antes enviados?”, (1 Cor. 12). Toda nuestra manifestación de propaganda debe, pues, tender a suscitar en las almas de los jóvenes un mayor fuego de fervor apostólico, por el cual al fin de cuentas, se multipliquen las buenas vocaciones y los pueblos infieles puedan tener un mayor número de misioneros. No hacen falta hoy conferencias, ni cursos de misionología en los Seminarios, ni fiestas misionales; se hace también teatro y cine con fines misionales, pero ¿cuántos, después de estas manifestaciones, se sienten atraídos y se deciden ofrecerse ellos mismos? ¿Qué falta? Vosotros lo sabéis, amados cohermanos, las verdaderas vocaciones vienen de Dios y hace falta pedir las a Dios: “Rogad al dueño de la mies...”, (Mt. 9, 38).

8) El joven no se decide a darse sin un gran estímulo de la fe, que debe tocar lo más íntimo de su alma; no se mueve sino ante el ejemplo de otros como él que un día le han precedido en el sacrificio. Ninguno se resuelve a dar el gran paso viendo dramas misionales, o leyendo fantasiosas narraciones, o leyendo los periódicos; en cambio

un viejo misionero que agotado por las fatigas, se presenta en un Seminario y habla de las necesidades de las almas, tiene la virtud de sembrar vocaciones. Palabras sencillas, pero inspiradas, corroboradas por el ejemplo del propio sacrificio, tienen la virtud de la palabra de Dios y producen misioneros. Así son las narraciones que vienen de las misiones, escritas como las de los Apóstoles, para hacer conocer los progresos de la fe, las dificultades del apostolado, las necesidades de las almas, más importantes que las del cuerpo y de las obras. Que nuestra propaganda sea así, seria y santa, como es serio y santo el apostolado de las almas. Obrar de otra manera, es desacreditar la santidad de la causa, las misiones y el Instituto. Además, está el peligro, y muy real, que el asunto no tratado seria y santamente, termina por no causar ya ninguna impresión, no llegar a los corazones y asemejarse a un nuevo método de obtener recursos.

T. Nuestro sistema en la selección de los jóvenes

9) Mantenemos el carisma propio en el reclutamiento y en la formación de los jóvenes aspirantes. En otro tiempo, el Instituto sólo admitía vocaciones ya seguras y maduras; hoy en las Escuelas Apostólicas entran jovencitos que no ofrecen más que esperanzas de vocaciones. Antes el Señor nos mandaba frutos ya próximos a la madurez; hoy, a lo más, son simples flores que deben desarrollarse para llegar a ser frutos con la gracia de Dios, y después de largos años de asiduos solícitos cuidados de nuestros Superiores. Antes, el que entraba, estando en teología o siendo ya sacerdote, sabía bien lo que hacía, qué dejaba y a qué vida de sacrificios se enfrentaba: las vocaciones eran ya estudiadas y probadas por los Directores espirituales de los Seminarios de las Diócesis. Los que no estaban preparados, los débiles generalmente no iban adelante, o no eran recomendados. Actualmente son pocas las vocaciones que se definen durante los cursos teológicos y filosóficos de los Seminarios; y todo el trabajo de la prueba, de la preparación y selección de los pequeños aspirantes de hoy debe hacerse a la sombra de nuestras casas de formación. Todos entienden la gravedad de la tarea que se les ha agregado a nuestros Superiores, y cuál y cuánta sea su responsabilidad frente al Instituto y la Iglesia, frente a Dios y a las almas, para que no

se introduzca en el Santuario quien no sea llamado. Y mucho más que ésto, porque el que entra, entre nosotros, no es para ser un día el tranquilo habitante de un convento, donde bastan las virtudes comunes y se debe vivir sólo para sí y en todo caso siempre protegido por la disciplina de la comunidad y bajo los ojos vigilantes de los Superiores. Nuestros hombres, que serán necesariamente mandados en medio del mundo pagano, deben tener riquezas de virtudes sólidas, deben representar bien a la Iglesia y hacer progresar sus conquistas. No basta, pues, que en nuestros aspirantes no se encuentre nada de negativo; no basta que sean suficientemente diligentes en los estudios y en la disciplina exterior. Es necesario conocer el carácter, medir el fervor del espíritu, la sumisión absoluta de la voluntad, la generosidad en el sacrificio, el carisma de la iniciativa, la fidelidad en el deber.

10) En resumen, es necesario tener presente, que un Seminario de Misiones es más que un Seminario diocesano, y una Escuela Apostólica es mucho más que un simple colegio. Si el actual método de reclutamiento no se realiza con criterio severo a comenzar especialmente desde las primeras clases, si se adelantase una hilera de jóvenes discretos, pero no estrictamente seleccionados, como deben ser los que aspiran a la vida apostólica entre los infieles, poco a poco perderemos el carisma y el sistema del misionero de nuestro Instituto Pontificio. Es necesario, por consiguiente, que no perdamos jamás de vista a dónde nuestros jóvenes deben llegar, a qué tarea serán destinados cuando salgan del Seminario. Sacerdotes y Hermanos preparados para ser enviados a la Misión y sometidos con frecuencia a exámenes para eliminar a los que no ofrecen suficientes garantías de buen resultado. Y al hacer este examen recordemos que no nos arrepentiremos nunca de haber sido exigentes, pero podremos llorar de haber sido indulgentes. Esta seriedad de método en el reclutamiento, educación y selección de los jóvenes aspirantes, se impone hoy por otro grave motivo. Nuestros alumnos, una vez que han emitido el juramento y recibido las Órdenes, quedan incardinados al Instituto. El Instituto como todos sabemos, no tiene otro fin que el de las misiones exteriores. ¿Qué haríamos de los Sacerdotes y Hermanos que por delicada salud o por falta de verdadera vocación, no pudieran permanecer en la misión o no pudieran ser enviados con seguridad? Depende mucho de la sabiduría y del sentido de responsabilidad de los Superiores no poner al Instituto en esta grave

dificultad, no mandar a la misión sujetos que en vez de ayuda y progreso, ocasionen molestia y perjuicio.

U. Nuestro carisma en la formación de los aspirantes

11) Queriendo profundizar un poquito en esta materia, veamos en qué principios se debe inspirar, principalmente, la formación espiritual de nuestros jóvenes para lograr hacer de ellos Misioneros según la mejor tradición y el espíritu de nuestro Instituto. Dije antes que generosidad, entrega, renunciaciones y sacrificios constituyen la base de toda la actividad de nuestra vida misionera y que sin ellas, no se da un paso adelante. Es necesario tener bien presente este principio y estar bien convencidos de que, si nuestra vocación significa algo, ella es el empeño solemne y real, que cada uno de nosotros hace, de darnos todos sin reserva al Señor, hasta el sacrificio de la vida por la salvación de las almas. Y ¿qué es el misionero si no es ésto? Por tal motivo, nosotros Misioneros debemos aspirar al mayor grado de perfección, precisamente porque nos comprometemos a emplear, y cuando fuese necesario, también a dar la vida por las almas. Por consiguiente, no tenemos nada que envidiar a los Religiosos, además, porque para nosotros, el compromiso a este alto grado de perfección que se ha hecho realidad por una existencia que no se puede llevar eficazmente, si no se está animado por un gran amor al Señor y un amor efectivo por el sacrificio. Y para inculcar este hábito, se enseña a rezar todos los días así: “¡Oh Señor, yo os consagro mis pensamientos de la mente, los afectos de mi corazón, las fuerzas de mi cuerpo, mis comodidades, mis bienes, mi salud, mi honor y mi vida. Por Vos solo quiero vivir y por Vos morir. Aquí está vuestra víctima, hazla pura, hazla santa, para que sea digna de ser sacrificada por Vos”. ¡Y cuántas veces la ofrenda de esta vida nuestra por Dios y por las almas se ha cumplido con la inmolación!

12) Pero el heroísmo de la vocación, el heroísmo del sacrificio quieren y suponen el heroísmo de la virtud, de la perfección, de la santidad, del amor.

¡Cuál es o al menos, cuál debe ser la santidad de nuestro misionero? Yo la he estudiado en nuestros mejores hombres y he dicho que ella es la perfección de la caridad en la perfección del sacrificio, según aquellas palabras de Nuestro Señor: “Ninguno tiene un amor más grande de éste: “dar la vida por los propios amigos”, (Jn. 15, 13).

Yo he visto a estos hombres abandonar, con el corazón destrozado a su amada familia, ir lejos de su país, renunciar a cargos lucrativos, a una vida cómoda e independiente, conscientes de que iban a exponer su floreciente juventud a insidiosas enfermedades y muy probablemente a una muerte prematura. Pero estos sacrificios, estas separaciones no se hacen una sola vez, yo he visto los sacrificios, las renunciaciones de todos los días y esto suponen una virtud aún más grande. Las circunstancias, en las que se desarrolla la vida de estos misioneros nuestros requieren una fuerza espiritual, una virtud, un amor a la cruz del todo extraordinario. Sin duda muchas veces con gozo, con entusiasmo, siempre serenamente, no una sola vez como los soldados en la guerra, sino mientras dura su vida, ellos van al encuentro de todos los deberes de su vida apostólica, sin considerar las fatigas, los peligros, las privaciones, la repugnancia de la naturaleza, las enfermedades, las ingraticudes, los aparentes fracasos y las persecuciones. Todo esto, nuestros Misioneros lo hacen con sencillez, naturalmente, sin esperanza de recompensa temporal, lejos de la vista de los Superiores y con frecuencia perseguidos y no comprendidos por los mismos beneficiados. ¿Por qué hacen todo esto? No hay más que una sola respuesta: por amor a Jesús, para difundir su nombre y su Reino, para salvarle las almas que le costaron toda su sangre. Ésta es la santidad de nuestros Misioneros, no escrita en los libros, sino vivida en su carne: “perfección de caridad en la perfección del sacrificio”. Y éste es el ideal de la verdadera santidad que debemos presentar a nuestros queridos jóvenes que quieren alcanzar la vida apostólica, conforme al carisma de nuestro Instituto.

V. Espíritu del Instituto y espíritu del Evangelio

13) Y no pedimos mucho, porque el espíritu del Instituto es el espíritu del Evangelio. Revisemos las páginas del Evangelio, que es

fundamento de nuestra Regla. Es de él que aprendemos cómo, a quien quiere seguir a Jesús por el camino del apostolado, Él impone renunciaciones, abnegación y sacrificios. El que ama sabe por qué. Jesús es el Amor: Seguirlo de cerca es un gran privilegio y la única verdadera felicidad; privilegio y felicidad de que la creatura debe mostrarse digna, al modo de aquel que para adquirir la perla preciosa vendió todos sus bienes. Leamos el Evangelio. Primera renuncia que Cristo quiere de un Misionero: los parientes. “Si uno viene a Mí y no aborrece (o no ama menos que a Mí) a su padre y a su madre, a la mujer, a sus hijos, y a los hermanos y hermanas, y aún a su vida misma no puede ser mi discípulo”, (Lc. 14, 26). Segunda renuncia: los bienes de esta tierra: “El que de vosotros no renuncia a todos sus bienes no puede ser mi discípulo”, (Lc. 14, 33). Tercera y más importante renuncia: el propio cuerpo, el propio espíritu, la propia voluntad, el propio corazón: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo, lleve su cruz cada día y sígame”, (Lc. 9, 28). He llamado renunciaciones a esto que el Señor quiere de nuestros Misioneros, lo llamaría mejor pruebas de amor, porque al que sabe darse, Él se da a sí mismo. Pero hay algunas razones que exigen en el misionero esta condición de desprendimiento y de sacrificio por las almas. Pero para esto es necesario estar desprendido completamente de las creaturas, es necesario estar completamente libre.

14) El misionero apegado a la familia, preocupado de su salud, amante de las propias comodidades, temeroso de su porvenir, fijo en su propia opinión, ¿cómo podrá ser instrumento de Dios para la salvación de las almas?

¿Qué se puede hacer con un instrumento, que no se abandona como cosa muerta, en las manos del Artífice? Los santos fueron grandes y obraron grandes cosas, porque estaban desprendidos de todas las creaturas, eran libres con la verdadera libertad de Cristo, y no tenían apegos, impedimentos que obstaculizasen sus movimientos en las grandes empresas en las que trabajaban para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Esta libertad de corazón y de movimientos es esencialmente necesaria al misionero para estar siempre a disposición de Dios y de los Superiores para todas las exigencias del trabajo apostólico. Para ser libres es menester estar desprendidos; quien no ha renunciado al propio juicio, a la voluntad propia, a sus propias comodidades e intereses, no es libre sino esclavo y no sirve para las obras de Dios:

No sirve, impide el progreso, se puede también perder. Judas se perdió porque no era libre, tenía atadura, la atadura del interés. ¡Tremenda lección! Se ha dicho muchas veces que los Misioneros son la vanguardia de la Iglesia, constituyen su cuerpo de asalto, y está bien dicho. Pero para merecer tal nombre deben estar necesariamente libres de impedimentos que les atrasen los movimientos, deben estar muy livianamente equipados, para poder fácilmente avanzar, deben por lo tanto, desprenderse de muchas cosas que a los demás hombres les puede parecer necesarias, y ser absolutamente enemigos de cualquier delicadeza.

A estos principios, pues, de renunciaciones y desprendimientos, debe ser orientada la educación que debemos impartir en nuestras casas apostólicas y en nuestros Seminarios. Y donde no encontraremos eco, hagamos lo de Judas Macabeo: “Dijo a los que construían que volvieran a sus casas”, (1 Mac. 3, 56).

W. Nuestro carácter de desapego de los parientes

15) Y ahora quiero referirme a un tema sólo de los ya tratados y añadir una palabra más, sobre el desprendimiento, que el Instituto quiere que tenga, de los parientes. No es necesario hacerse misioneros; pero si hay vocación, hay el deber de serlo según los claros y explícitos preceptos de Nuestro Señor, el cual en ningún mandato dado a los suyos ha sido tan categórico y hasta severo, como en éste del desprendimiento absoluto de su familia, que deben tener los que quieren seguirlo por los caminos del apostolado, y el Instituto exige a sus alumnos este desprendimiento. Ábrán de nuevo el Evangelio nuestros jóvenes y mediten estas palabras de Jesús dichas expresamente para ellos: “He venido a separar el hijo del padre y la hija de la madre... El que ama al padre y a la madre más que a Mí, no es digno de Mí”, (Mt. 10, 35). “Deja que los muertos entierren a sus muertos... tú vete y anuncia el Reino de Dios”, (Lc. 9, 60).

Cuando se está seguro que Dios llama, es necesario responder con absoluta generosidad y prontitud, y a quien quisiese detenernos, se le debe responder: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”, (Lc. 5, 29), y nunca tomar consejo de la carne y de la sangre, igual que San Pablo, el cual nos dice así: “Cuando me llamó

con su gracia, tuvo a bien revelarme su Hijo, para que lo anunciara entre los paganos, de inmediato, sin consultar a nadie”, (Gal. 1, 15). Expliquen nuestros Superiores, esta enseñanza a los jóvenes: pongan ante sus ojos los ejemplos que el mismo Jesús ha dado y de los cuales los Evangelistas nos dan extensos y preciosos detalles. No me detengo a transcribirlos, pues no quiero ni puedo demorarme: sólo digo que Jesús es celoso de aquellos que Él quiere para sí y así es también el Instituto. El Instituto no puede contar con aquel que no está decidido al desprendimiento de su familia. No será hoy, pero sí, mañana, que volverá a su casa. Las palabras del Señor: “Ninguno puede servir a dos señores”, (Mt. 6, 24), se aplican aquí con toda exactitud. No pidieron mucho aquellos dos aspirantes a misionero del Evangelio: parecería más bien, que sus pedidos fuesen razonables. Uno pidió el tiempo de ir a sepultar al padre: “permíteme antes ir a enterrar a mi padre”; el otro de ir a ordenar sus intereses: “primero deja que me despida de mi familia” (Lc. 9, 59); pero Jesús no consideró aceptables estas razones, Él es el Patrón; si nos llama quiere ser obedecido como se debe obedecer a Dios. Si tenemos fe, sabrá bien Él, y mucho mejor que nosotros, tener cuidado de aquellos que dejamos.

16) Queridos cohermanos, amados jóvenes, es doloroso este desprendimiento de nuestros seres queridos, este sacrificio de los afectos más legítimos y santos. Pero ¿igualmente queremos nosotros tener parte en el apostolado divino de las almas si, a semejanza de Jesús no sentimos la belleza y la necesidad de esta inmolación? Nunca un hijo amó tanto a su madre como Jesús a su Engendrada, pero aunque la encontró dolorosísima en el camino del Calvario, Él siguió adelante... continuó su camino hasta el lugar de su martirio, porque esa era la voluntad del Padre, porque así lo requería nuestra salvación. No permaneció indiferente Jesús al ver el sufrimiento y las lágrimas de su Madre, pero más allá de aquel dolor y aquellas lágrimas, que pronto iban a ser consoladas, vio la gloria de Dios, la felicidad de millones y millones de almas que su inmolación había procurado.

Si Dios llama, nada humano nos debe detener el seguimiento de su imitación; si Jesús nos quiere para Él ningún amor de las creaturas se debe atravesar en este amor. Antes de ayudar a los infieles, nuestro sacrificio ayudará a nuestros seres queridos; sacrificar nuestra vocación por amor a los parientes es una traición a nosotros y a ellos. Y después, no nos engañemos por el amor que nos tienen los parientes: “Los enemigos del hombre son los de su casa”, (Mt. 10, 36);

enemigos de nuestra alma y de las almas que debemos salvar, si se oponen a la vocación. Nos acarician hoy para explotarnos y olvidarnos mañana. Es doloroso, pero es una historia que se repite todos los días: es la venganza del cielo acá en la tierra, contra aquellos que, llamados por Dios a su divino servicio, prefieren a los parientes, y sacrificaron y prefirieron los intereses de ellos a los de las almas. El Instituto debe exigir con todo rigor a sus alumnos este espíritu de desprendimiento de la familia. El que no lo entiende, el que cree tener que anteponer los deberes para con sus parientes, porque son pobres, y necesitados de asistencia, que vuelva a su casa, porque no tiene verdadera vocación.

X. El tiempo de las vacaciones

Un gran peligro para las vocaciones, pueden ser las vacaciones pasadas con la familia, más ahora que los jóvenes entrando en las primeras clases del Instituto, están expuestos, por mucho tiempo a los asaltos y a los halagos de los parientes interesados en combatir la vocación. Supón, después, que un jovencito vaya una vez de vacaciones, perdido un poco el fervor, y el allí encontrará fácilmente la tumba de su vocación.